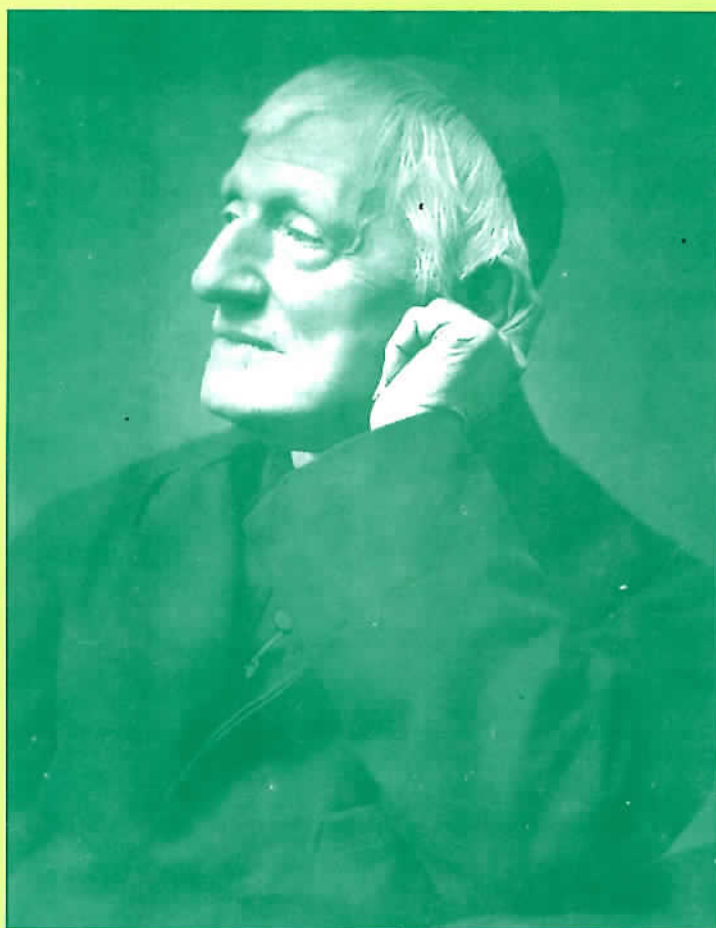


NEWMANIANA

AÑO IV - NUMERO 12

SETIEMBRE 1994



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

**UN BANCO
QUE SE PREOCUPA
POR EL
DESARROLLO
DEL PAIS ES
ALGO MAS QUE
UN BANCO.**



BANCO DE BOSTON

NEWMANIANA



Año IV- N° 12
Setiembre 1994

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Jorge Ferro

Lic. Pablo Augusto Marini

NEWMANIANA (ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.
Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual N° 237216.
Propiedad de
Fernando María Cavaller
Dirección: Av. Liniers 1560 (1648)
Tigre - Pcia. de Buenos Aires -
República Argentina.
Impresa en talleres
de Impresiones Avellaneda,
Dr. Manuel Ocantos 253-
(1870) Avellaneda

1995: AÑO NEWMANIANO

Fue en Littlemore. Allí se había retirado Newman, abandonando Oxford, en septiembre de 1841, para orar, estudiar y meditar sobre la Iglesia. El conocimiento de los Padres de la Iglesia lo había acercado progresivamente a la verdad católica al mismo ritmo que lo hacía dudar sobre la Iglesia Anglicana. El desarrollo de esta lenta conversión comenzó su etapa final en 1843 con su renuncia al cargo de Vicario en St. Mary y la prédica del último sermón anglicano en Littlemore "The Parting of Friends". 1844 será el año de la traducción de los Tratados de San Atanasio contra los arrianos y 1845 va a nacer con la tormenta desatada por el Tract 90 y el Ensayo sobre el desenvolvimiento de la doctrina cristiana, obra que refleja el inmenso esfuerzo realizado por Newman para llegar a la convicción necesaria.

*Esta certeza final dio su fruto el 9 de octubre de 1845. El Padre Doménico Barberi, un Pasionista italiano, tomó la profesión de fe y recibió a Newman en la Iglesia Católica. El paso estaba dado y con él las inmensas consecuencias no sólo para la vida personal de John Henry Newman, sino para la misma Iglesia de Inglaterra, para todo el orbe cristiano de entonces y para nosotros, hoy, que recibimos aún el influjo de semejante testimonio de fe. La finalidad de nuestra **Asociación Amigos de Newman** y de esta publicación **Newmaniana**, no es otra que poner de manifiesto la verdad histórica de este influjo y cooperar al mismo, al difundir de una manera que creemos accesible el legado de aquel converso.*

*El próximo año, en distintas partes del mundo, pero especialmente en Inglaterra, se recordará aquél día significativo para la historia de la Iglesia. El 9 de octubre de 1995 se cumplirán 150 años de la conversión de Newman. Trataremos aquí también, en la Argentina, de celebrar este importante aniversario. Más aún, nos ha parecido mejor abrir este año newmaniano desde octubre próximo, para disponernos ya desde ahora, por lo cual hemos organizado nuestro **Encuentro Newmaniano anual** en la primera semana de octubre, con el contenido que aparece detallado en este mismo número. La providencia ha querido que nos veamos honrados con la visita del Padre José Morales Marín, quien sin duda es uno de los más importantes y prestigiosos newmanistas de habla hispana de renombre internacional, así como la del Prof. Víctor García Ruiz, que presentará entre nosotros su traducción al español de la célebre novela de Newman "Loss and Gain" (Perder y Ganar) Hemos recibido, asimismo, desde Birmingham, el detalle que nos envían "The Friends of Cardinal Newman", a*

través de los sacerdotes del Oratorio, que Newman fundó, de las actividades y celebraciones para el año próximo, entre las cuales se destacan un Simposio Académico en el Oriel College de Oxford entre el 6 y el 12 de agosto y un triduo el 7, 8 y 9 de octubre, que incluye Misas en Birmingham, Oxford y Littlemore y una peregrinación a pie desde Oxford a Littlemore con antorchas seguida de adoración al Santísimo en la casa donde Newman se convirtió aquel 9 de octubre de 1845. También se nos dice que el 21 de febrero habrá un triduo de oración para implorar gracias por intercesión de Newman y por su beatificación, día que ha sido establecido para todo el país por los Obispos ingleses.

No podemos dejar de transmitir lo que esta misma carta nos cuenta sobre las numerosísimas conversiones de obispos, sacerdotes y laicos al catolicismo. Textualmente dice: "Con referencia a los conversos anglicanos, ciertamente estamos viviendo una suerte de «tercera primavera». La frase hace alusión a aquel sermón que Newman predicó siendo ya católico, cuando en 1850 se restauró la jerarquía católica en Inglaterra. El sermón se tituló "The Second Spring" (La segunda primavera), queriendo expresar la enorme significación que tenía aquel hecho para la vida de la Iglesia, que volvía a renacer. Es por lo tanto notable que se use ahora una expresión newmaniana tan precisa para describir el panorama actual de la vida inglesa, porque significa ni más ni menos que afirmar un nuevo renacer de la vida católica que nos llena de esperanzas y de gratitud a Dios, al mismo tiempo que nos remite, casi al mismo tiempo, a pensar en la figura de Newman como el "converso" de hace 150 años que está guiando a los "conversos" de hoy, quienes, buscadores de la verdad plena y deseosos de vivir un cristianismo

auténtico, pueden mirar a quien los precedió en ese camino y encontró la verdad. Todo esto nos alegra como Iglesia, aunque en la Argentina vivamos realidades diferentes, pues valoramos a Newman como ejemplo universal de fe, que puede ser guía más allá del mundo británico o de habla inglesa.

Nos disponemos así a comenzar la celebración de este AÑO NEWMANIANO con la esperanza de que pueda ser, si Dios lo quiere, el tiempo en el cual John Henry Cardenal Newman sea beatificado. Les pedimos que recen confiadamente por esta intención y les hacemos llegar a todos los AMIGOS DE NEWMAN un cordial saludo en el Señor.

Transcribimos a continuación una parte de una carta que Newman escribió tres meses después de su conversión a alguien que le pedía consejo sobre la propia decisión:

"Encarecidamente le exhorto a incorporarse a la Iglesia Católica. Es necesario para su salvación, considerando su presente estado de mente... Me dice usted que deberán sufrir algunas de sus relaciones por este paso. Es verdad; ésta es la prueba por la que **todos** tenemos que pasar.



Sumario

Información

Cronología de la vida de Newman 4

Sermón

El Mundo Invisible 10

Traducción y comentario P. Fernando M. Cavaller

Antología de textos

La presencia

de Cristo en los sacramentos 18

del "Misterio de la Iglesia" (publicación del International Centre of Newman Friends)

Programa del V Encuentro Newmaniano . 20

Históricas (Segunda Parte)

La Misión de San Benito 26

Traducción Dra. Inés de Cassagne

Difícilmente tendrá usted que infligir a otros tanta pena como han tenido que hacerlo algunos de mis amigos, y ni siquiera tanta tal vez como ha sido también mi deber infligir. Pero Dios lo sostendrá en todas las pruebas que El quiera ponerle, y usted tendrá la fuerza de toda la Iglesia de todos los santos que han existido. Usted será miembro de un cuerpo que ha debido sufrir más que ninguno de nosotros, y las oraciones y la santidad de ellos tendrán en usted un efecto, y lo levantarán sobre usted mismo. No hablo necesariamente de confort **sensible**, sino de un poder real que usted tendrá en la presencia de Dios".

*Letters and Diaries, XI, 71
18 de diciembre de 1845*

ORACION

Por su beatificación

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tu lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

Cronología de la Vida de Newman

Período anglicano

- 1801
- 21 febrero: Nacido en la calle Old Broad, de Londres. Fue el mayor de 6 hijos.
 - 9 de abril: Bautizado en la Iglesia Anglicana de St. Benet Fink.
- 1808
- 1 de mayo: Comienza la escuela en Ealing.
- 1816
- 8 de marzo: Cierra el banco de su padre.
 - agosto-diciembre: Primera conversión de Newman.
 - 14 de diciembre: Entra como un externo en el Colegio de la Trinidad, de Oxford.
- 1817
- 8 de junio: Pasa a vivir a la residencia del Colegio de la Trinidad.
 - 30 de noviembre: Primera Comunión en la Iglesia de Inglaterra.
- 1818
- 18 de mayo: Aceptado como escolar en el Colegio de la Trinidad.
 - 4 de noviembre: Publica, junto con su amigo J.W. Bowden, "La Noche de San Bartolomé".
- 1820
- 5 de diciembre: Bachillerato.
- 1821
- mayo: Carta al Editor del "British Critic", sobre las dificultades análogas entre matemáticas y religión.
 - 1 de noviembre: El padre de Newman se declara en bancarrota.
- 1822
- 11 de enero: J.H. Newman decide ordenarse en la Iglesia de Inglaterra.
 - 12 de abril: Elegido Asistente (fellow) del Colegio Oriel, Oxford.
 - 1 de julio: Whately invi-

1824

ta a Newman a ayudarlo en la preparación de sus artículos sobre la Lógica para la Enciclopedia Metropolitana.

- 31 de mayo: Termina su artículo sobre "Cicerón".

- 13 de junio: Ordenado diácono en la Iglesia de Cristo, Oxford.

- 23 de junio: Su primer sermón, en Over Worton.

- 3 de julio: Muestra interés en hacerse misionero en tierras extranjeras.

- 4 de julio: Comienza su trabajo pastoral en San Clemente, Oxford.

- 29 de setiembre: Muere su padre.

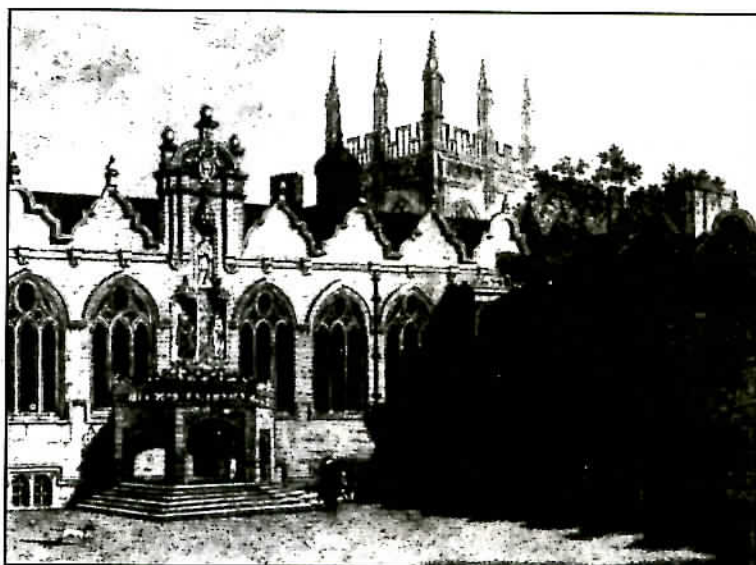
1825

- 26 de marzo: Nombrado Vice-Director de St. Alban's Hall, Oxford, con R. Whately como Director.

- 29 de mayo: Ordenado sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, en la Iglesia de Cristo, Oxford.

- 15 de agosto: Comienza su artículo sobre "Miracles" (milagros).

- 9 de setiembre: Comienza su artículo sobre "Apollonius".



El Oriel College



E.B. Pusey

Marsella escribe "Lead kindly Light".

- 9 de julio: De regreso a Inglaterra.
- 14 de julio: Keble predica en Santa María de Oxford sobre la "Apostasía Nacional".
- 9 de setiembre: Newman publica el primero de los "Tracts for the Times", que difundieron las ideas del Movimiento de Oxford.

1834

- Marzo: publicación del primer volumen de "Parochial and Plain Sermons", de Newman.
- Newman comienza una serie de exposiciones en la Capilla de Adam de Brome en Santa María, publicadas luego como "The Prophetic Office of the Church" (El Ministerio Profético de la Iglesia-1837) y "Lectures on Justification" (Exposiciones sobre la Justificación-1838), y posteriormente reeditadas como "The Via Media".

1835

- Segundo volumen de "Parochial and Plain Sermons".

1836

- Volumen III de "Parochial and Plain Sermons".
- 28 de febrero: R. H. Froude muere de agotamiento.

John Keble



1826

- 21 de febrero: Renuncia al curato de San Clemente y a la Vicedirección de St. Alban's para empezar su trabajo como Tutor en el Colegio Oriel, después de la pascua.
- 31 de marzo: R. H. Froude y R. I. Wilberforce son elegidos Asistentes del Colegio Oriel.
- Mayo: Se opone al Dr. Hampden.
- 1 de mayo: Decide leer sistemáticamente los Padres de la Iglesia.
- 2 de julio: Su primer sermón en la Universidad.

1828

- 5 de enero: Muere Mary, su hermana más joven.
- 2 de febrero: Lo nombran vicario de la Iglesia Universitaria de Santa María Virgen, en Oxford. Hawkins es elegido Preboste del Colegio Oriel.

1829

- Primer desacuerdo con Hawkins y Whately sobre la reelección de Peel al Parlamento.

1830

- Por diferencias de principio entre Hawkins y Newman éste tiene que renunciar a su cargo de Tutor del Colegio Oriel.

1831

- Newman dedica más tiempo a sus deberes como Vicario de Santa María.

1832

- Termina su libro "The Arians of the fourth Century"
- Diciembre: Organiza un viaje al Mediterráneo con R. H. Froude y su padre, el Archidiácono Froude.

1833

- 19 de abril: Newman retorna solo a Sicilia, y cae gravemente enfermo.
- 16 de junio: En el barco de Palermo a



• Newman construye una iglesia en Littlemore, un pueblecillo que pertenece a su parroquia.

• 27 de abril: Matrimonio de su hermana Jemima con J. Mozley.

• 17 de mayo: Muere la madre de Newman.

• 27 de setiembre: Matrimonio de su hermana Harriett con T. Mozley.

1838 • Newman es nombrado editor del "British Critic", un puesto que él sostiene hasta 1841.

1839 • Volumen IV de "Parochial and Plain Sermons".

• Verano: Newman lee el artículo de Wiseman en la "Dublin Review" sobre San Agustín y los Donatistas.

• Primeras dudas sobre el Anglicanismo.

1840 • Volumen V de

"Parochial and Plain Sermons".

1841 • 25 de enero: Publica el "Tract 90". La Universidad censura este escrito, lo que causa bastante alarma. Bajo requerimiento del Obispo de Oxford, no se publican más Tracts.

• Setiembre: Newman se retira a Littlemore, donde reside hasta febrero de 1846.

1842 • Volumen VI de "Parochial and Plain Sermons". "Essay on miracles" N°2, como

Dibujo contemporáneo de Newman

Prefacio a la traducción de la "Historia de la Iglesia" de Fleury.

1843 • Verano: Newman clarifica su situación. Sus dudas sobre la Iglesia de Inglaterra son mayores que sus dudas sobre la Iglesia Católica.

• 18 de setiembre: Newman renuncia a su cargo en Santa María.

• 25 de setiembre: "The Parting of Friends" (La Despedida de los Amigos).

• Ultimo sermón de Newman en Littlemore.

• Newman publica "Sermons bearing on Subjects of the Day" (Sermones sobre Temas del Día).

1844 • Termina la traducción de "Select Treatises of St. Athanasius in controversy with the Arians" (Tratados Selectos de San Atanasio en Controversia con los Arrianos).

• Setiembre: El primer amigo de Newman en Oxford, John Bowden, muere.

1845 • 13 de febrero: La Universidad condena a Ward por su tendencia hacia Roma. Por poco es también condenado el Tract 90 de Newman.

• Newman comienza a escribir "The Development of Christian Doctrine" (El Desarrollo de la Doctrina Cristiana).

• 3 de octubre: Renuncia a su cargo de Asistente en el Colegio Oriel.

Período Católico

1845 • 9 de octubre: Fr. Dominic Barberi, un Pasionista italiano, recibe a Newman en la Iglesia Católica.

• 1 de noviembre: El Dr. Wiseman lo confirma en Oscott.

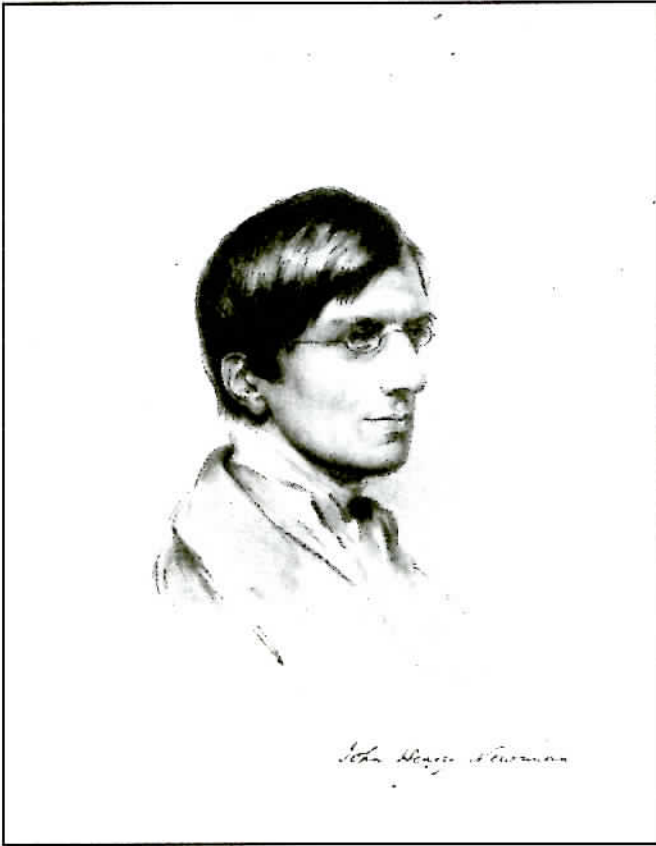
1846 • 22 de febrero: Pasa de Littlemore a Maryvale, Old Oscott, que le ofrece el Dr. Wiseman.

• Setiembre: Viaja de Inglaterra a Roma, donde se prepara a la ordenación sacerdotal.

1847 • Enero: Decide entrar en el Oratorio.

• 30 de mayo: Ordenación sacerdotal.

1848 • 1 de febrero: Fundación del primer



- Oratorio en Inglaterra, en Maryvale. 1853
- 1849
- Publica la novela "Loss and Gain" (Pérdida y Ganancia).
 - 2 de febrero: Abre el Oratorio de la calle de Alcester, en Birmingham.
 - Junio: Fundación del Oratorio en Londres. 1855
 - Publica "Discourses to Mixed Congregations".
- 1850
- 22 de agosto: El Papa Pío IX le confiere un grado honorífico en teología. 1856
 - Verano: Conferencias en Londres: "Certain Difficulties felt by Anglicans in submitting to the Catholic Church" (Algunas Dificultades que sienten los Anglicanos para someterse a la Iglesia Católica). 1857
 - Octubre: Wiseman anuncia la Restauración de la Jerarquía en Inglaterra, lo que causa una fuerte reacción entre los Anglicanos.
- 1851
- Conferencias en Birmingham: "On the Present Position of Catholics in England"
- (Sobre la Posición actual de los Católicos en Inglaterra). En la quinta conferencia denuncia al ex-sacerdote Achilli, y en consecuencia se le denuncia como detractor.
- 5 de noviembre: Comienza el largo juicio sobre la cuestión Achilli.
 - 12 de noviembre: Newman es nombrado primer Rector de la Universidad Católica de Irlanda.
- 1852
- Enero: Dificultades en el Oratorio de Londres.
 - Febrero: Los Oratorianos en Birmingham se cambian de la calle Alcester a Edgbaston.
 - 10 de mayo: Newman pronuncia su primera conferencia universitaria en Dublin, más tarde el mismo año la publica, junto con otras, en el volumen "Discourses on the Nature and Scope of University Education" (Discursos sobre la Naturaleza y Fin de la Educación Universitaria).
 - 13 de julio: Newman predica "The Second Spring" (La Segunda Primavera) para el Primer Sínodo desde la Restauración de la Jerarquía en Inglaterra.
 - 31 de enero: Termina el juicio sobre el caso Achilli; Newman pierde, y debe pagar una multa de 100 libras.
 - 22 de noviembre: Se abre la Iglesia del Oratorio en Birmingham.
 - Verano: Newman publica su segunda novela, "Callista".
 - Otoño: Las dificultades con el Oratorio de Londres tienen como consecuencia la separación de ambas casas.
 - 1 de mayo: Se abre la Iglesia Universitaria de Dublin, dedicada a los Apóstoles Pedro y Pablo.
 - Marzo: Newman informa a los Obispos Irlandeses que desea renunciar como Rector de la Universidad el 14 de noviembre. Ellos le piden que continúe un año más como Rector no residente.
 - Julio: Newman publica "Sermons preached on Various Occasions" (Sermones Predicados en Varias Ocasiones).
 - Agosto: Wiseman informa a Newman

El Cardenal Manning

- que han de encomendarle la supervisión de una nueva traducción de la Biblia. Sin embargo el proyecto nunca se llevó a cabo.
- 1859
- 21 de marzo: Newman toma su puesto como director de "Rambler" para prevenir una censura de la Jerarquía. Después de publicar en el número de Julio su artículo "On Consulting the faithful in matters of doctrine" (Sobre la Consulta a los Fieles en Materia de Doctrina), se le pide la renuncia.
 - 2 de mayo: Fundación de la Escuela del Oratorio.
- 1864
- Enero: Charles Kingsley afirma en un artículo que la búsqueda de la verdad por sí misma nunca ha sido la virtud del clero católico, y afirma que Newman lo ha declarado así. Newman comienza su correspondencia con Charles Kingsley.
 - Abril-Junio: Respuesta de Newman a Kingsley: "Apología pro vita sua".
- 1865:
- Mayo-Junio: "The Dream of Gerontius" (El sueño de Geroncio).
- 1866
- Enero: Publica "A letter to Pusey on occasion of his recen Eirenicon" (Una carta a Pusey en ocasión de su reciente Eirenicon).
 - 25 de diciembre: Propaganda Fide concede el permiso para fundar un Oratorio en Oxford; sin embargo un postscriptum menciona que Newman no debe residir ahí. Cae el proyecto de Oxford.
- 1870
- 15 de marzo: "An Essay in aid of a Grammar of Assent" (Un Ensayo en Ayuda de la Gramática del Asentimiento).
- 1871
- Publicación de "Sermons preached before the University of Oxford" (Sermones predicados en la Universidad de Oxford) y de "Essays Critical and Historical" (escritos durante el período de su vida como Anglicano).
- 1872
- Publicación de "Discussions and Arguments" y de "Historical Sketches" I, II, III (Esbozos Históricas).
- 1875
- 14 de enero: Publicación de "A letter to the Duke of Norfolk" (Una carta al Duque de Norfolk) en contestación a la acusación



1879

- de Gladstone de que los católicos no son súbditos leales del Estado.
- 24 de mayo: Muerte de Ambros St. John, el más fiel amigo de Newman.
 - 31 de enero: Newman recibe del Cardenal Manning y del Obispo Ullathorne la noticia de que ha sido elegido Cardenal.
 - 15 de marzo: El cardenal Secretario de Estado envía a Newman el anuncio oficial de su elevación al cardenalato.
 - 16 de abril: Newman parte para Roma.
 - 27 de abril: Newman tiene su primera audiencia con el papa León XIII.
 - 12 de mayo: Newman recibe el "biglietto" del Cardenal Secretario de Estado, en el que le anuncia que esa misma mañana, durante un consistorio secreto, ha sido elevado al cardenalato. Newman responde con su "Biglietto Speech".
 - 13 de mayo: Newman va al Vaticano para recibir de manos del papa León XIII la berreta cardenalicia.
 - 15 de mayo: Durante el consistorio público Newman, recibe, junto con otros cardenales recién nombrados, el capelo cardenalicio.
 - 1 de julio: Newman regresa a



- Birmingham.
- 1880
- Mayo: Newman visita de nuevo Oxford y el Colegio de la Trinidad.
 - Predica dos sermones en la Iglesia de San Luis, en Oxford, en la Fiesta de la Trinidad, y los imprime para circulación privada.
- 1881
- febrero: Segunda Edición de "Select Treatises of St. Athanasius in controversy with the Arians".
 - 26 de junio: El cardenal Newman predica en el Oratorio de Londres.
- 1882
- Prólogo al Andria de Terencio (latín).
 - "Notas sobre una visita a la Iglesia Rusa", por William Palmer: selección y ordenación de Newman.
- 1883
- Tercera Edición de "Via Media" II.
- 1884
- Febrero: "¿Qué está obligado a creer un católico respecto a la inspiración de la Escritura Canónica?" postscripto a un artículo en la "Nineteenth Century Review", en contestación al Profesor Healy ("Stray Essays").
- 1885
- Octubre: "The development of religious error", en "Contemporary Review" (El desarrollo del error religioso).
- 1886
- La salud de Newman comienza a decaer.
- 1889
- 25 de diciembre: Newman celebra por última vez la Santa Misa. Según el Padre Neville, cuando Newman se sintió imposibilitado para volver a celebrar la Santa Misa, aprendió de memoria las Misas de la Santísima Virgen y de los Difuntos. Todos los días repletía una u otra, en parte o toda, con la esperanza de que un día, puesto que variaban las condiciones de sus fuerzas y de su vista, le fuese posible de nuevo celebrar la Misa, con la luz más brillante de la primavera. Estaba decidido a que su falta de preparación no le fuese obstáculo que le hiciese perder tal oportunidad, si se le presentaba.
- 1890
- Continúa tal preparación hasta dos o tres días antes de su muerte.
 - 10 de agosto: recibe los últimos sacramentos.
 - 11 de agosto: Muerte de Newman.
 - 19 de agosto: Sepultura en Rednal, en el cementerio del Oratorio.■

Parochial and Plain Sermons, IV, sermón XIII, pp.200-213

El Mundo Invisible

*Traducción y comentario
P. Fernando M. Cavaller*

El Sermón que presentamos al lector es una de las grandes homilias de Newman. Fue predicado en St.Mary en Oxford en la tarde del 16 de julio de 1837, y se encuentra con el numero XIII, en el cuarto tomo de sus «Parochial and Plain Sermons», vasta obra en ocho tomos, que condensa todo el pensamiento de Newman en su período anglicano, y que basado como estaba en la meditación de la Escritura y el estudio de los Santos Padres, tiene garantías de vigencia hasta hoy también en el mundo católico, razón por la cual incluimos siempre alguno en nuestra publicación. 1835 había sido, justamente, un año fecundo en el estudio patristico y en 1836, tras la muerte de su amigo Henry Froude y de su madre, Newman tiene su primer contacto con el British Critic, y comienza con Keble y Pusey una Biblioteca de los Padres de la Iglesia. Pone asimismo en marcha la Capilla de Littlemore. Newman convirtió al British Critic, quedando al frente del mismo, en el máximo portavoz de las doctrinas tractarianas. Por tanto 1837 comenzó polémicamente. Newman se vio obligado a defender los tractos de Pusey sobre el bautismo, y escribe una larga carta a la publicación evangélica "Christian Observer" que se convertiría en el Tract 82. Las tesis sostenían que los sacramentos pueden en ciertas ocasiones, beneficiar a personas que están inconscientes y que la verdadera regeneración espiritual del alma mediante la gracia es un don especial y exclusivo de la economía del Nuevo Testamento. Como esto colocaba en segundo plano, sin negarla, la subjetividad del individuo, causó reacción, y motivó a Newman para estudiar más profundamente el tema, cosa que hizo y dio por resultado su obra «Lectures on Justification» (Conferencias sobre la Justificación) que lo ocuparon todo este año 1837, y se publicaron en marzo de 1838.

Esta es una obra de gran envergadura que rechaza la justificación por la sola fe, doctrina protestante, y sostiene la justificación por la gracia que se nos da mediante los sacramentos, se impetra en base a fe y se manifiesta necesariamente en obras. Critica allí el hecho de que la religión se haga consistir en contemplarnos a nosotros mismos en vez de contemplar a Cristo. De modo que el tema de la gracia y de Cristo como objeto de la fe están presentes en este año 1837. Esta obra sistemática es como el marco de fondo de nuestro Sermón.



El año 1837 y los comienzos de 1838 marcan el apogeo de la influencia de Newman en el ambiente intelectual y religioso de Oxford. Es un influjo que se ejerce poderosamente sobre algunos íntimos, numerosos amigos y conocidos e innumerables personas y grupos de la Universidad, a través de la amistad, la docencia, la asociación académica, y por supuesto desde el púlpito de St. Mary con sus sermones de los domingos por la tarde. Después de 1838 este influjo comienza a decrecer, debido al crecimiento del Movimiento tractariano, que provoca reacciones que llegarán al máximo en 1841 con la publicación del Tract 90 en donde Newman expuso el sentido católico de los 39 Artículos del Credo Anglicano. Por todo esto el año 1837 es muy atrayente en la vida de Newman. En el mismo mes en que predica el Sermón «El Mundo Invisible», que hemos traducido para el lector, Newman accedió al diario íntimo y a las cartas de su amigo Froude. Deciden con Keble publicarlas: son los «Remains». Para ellos simbolizaban el evangelio tractariano, y para Newman eran una narración parcial e indirecta de su propia

historia espiritual. El pensamiento de Froude era de tendencia católica. La crítica fue enorme y los tractarianos se quedaron, después de los Remains, solos.

El texto que nos ocupa es literatura homilética, lo que hace difícil estructurarlo según una lógica interna propia de una exposición escolástica de teología; sin embargo, están presentes varios elementos característicos de la teología de Newman, y aparecen en un cierto orden que nos permite distinguir en el texto: una parte introductoria donde presenta su «principio sacramental» con la realidad del mundo invisible, sacramentalmente expresado en el visible, una segunda parte de aplicación a distintos órdenes por analogía y la exposición sobre el contenido del mundo invisible, Dios, los ángeles, las almas, y una tercera parte como si fuera la interrelación del mundo visible con el invisible, y que da lugar a la doctrina escatológica final, con un epílogo verdaderamente místico.

“No ponemos la mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, porque las que se ven son temporales, mas las que no se ven, eternas” (2 Cor 4,18)

Existen dos mundos, “el visible y el invisible”, como habla el Credo, el mundo que vemos y el mundo que no vemos; y el mundo que no vemos existe tan realmente como el mundo que vemos. Existe realmente, aunque no lo veamos. El mundo que vemos sabemos que existe porque lo vemos. No tenemos más que alzar los ojos y mirar a nuestro alrededor para comprobarlo: nuestros ojos nos lo dicen. Vemos el sol, la luna y las estrellas, la tierra y el cielo, las colinas y los valles, los bosques y las llanuras, los mares y los ríos y al mismo tiempo vemos los hombres y sus obras. Vemos las ciudades; sus monumentos notables y sus habitantes; hombres que corren de acá para allá apresurándose por solucionar sus necesidades y las de sus familias, o para cumplir grandes proyectos, o por razón de sus negocios. Todo lo que aparece a nuestros ojos forma un mundo. Es un mundo inmenso que llega hasta las estrellas. Podríamos correr a toda prisa por el cielo miles y miles de años, y aunque fuéramos más rápidos que la misma luz, no las encontraríamos a todas. Están, respecto a nosotros, a distancias

más grandes que cualquiera que podamos asignarles. Es tan alto, tan amplio y tan profundo el mundo, y sin embargo también está cerca y junto a nosotros. Está en todas partes, y pareciera no dejar lugar para ningún otro mundo.

Sin embargo, además de este mundo universal que vemos, existe otro mundo, igualmente extenso, igualmente próximo a nosotros y más maravilloso; otro mundo que nos rodea por todas partes, aunque no lo vemos, y esta razón de no verlo y no otra, lo hace más maravilloso que el mundo que vemos. A nuestro alrededor hay innumerables seres que van y vienen, que velan, que trabajan o esperan, y que no vemos. Tal es este otro mundo que los ojos no alcanzan, sino únicamente la fe.

Profundicemos este pensamiento. Hemos nacido en un mundo de sentidos, es decir, de las cosas reales que yacen a nuestro alrededor, una gran parte llegan a nosotros, se nos presentan, a través de nuestros órganos corporales, nuestros ojos, oídos y dedos. Las sentimos, las escuchamos y las vemos, y sabemos que existen porque realmente las

percibimos de esta forma. Innumerables cosas yacen a nuestro alrededor, animadas e inanimadas, pero una clase particular de estas cosas innumerables nos es conocida a través de nuestros sentidos. Más aún, mientras ellas actúan sobre nosotros, hacen conocer su presencia. Somos sensibles ante ellas, al mismo tiempo que somos conscientes de que las percibimos. No sólo vemos, sino que sabemos que vemos; no sólo mantenemos relación sino que sabemos que lo hacemos. Estamos entre hombre y sabemos que estamos. Sentimos frío o hambre, y sabemos qué cosas sensibles los quitan. Comemos, bebemos, nos vestimos, habitamos en casas, conversamos y actuamos con otros, y desempeñamos los deberes de la vida social; y sentimos vívidamente que lo estamos haciendo, mientras lo hacemos. Tal es nuestra relación con una parte de los innumerables seres que nos rodean. Ellos actúan sobre nosotros y lo sabemos, y nosotros actuamos sobre ellos a su vez, y sabemos que lo hacemos.

Pero todo esto no interfiere con la existencia de ese otro mundo del que hablo, que está actuando sobre nosotros, pero no impresionándonos con la conciencia de que lo hace. Puede estar tan realmente presente y ejercer influencia sobre nosotros, como aquél que se nos revela. Y que semejante mundo existe, la Escritura nos lo dice. ¿Tu preguntas qué es y lo que contiene? No diré que todo lo que le pertenece es enormemente más importante que lo que vemos, pues entre las cosas visibles están nuestros amigos, los hombres, y nada creado es más precioso y noble que un hijo del hombre. Pero aun así, tomando todas juntas las cosas que vemos, y todas juntas las que no vemos, el mundo que no vemos es en su totalidad un mundo muy superior a ese que sí vemos. Pues, primero de todo, El está allí, por encima de todos los seres, el que ha creado todo, ante quien todos ellos son como nada, y con quien nada puede ser comparado. Lo sabemos, Dios Todopoderoso existe más real y absolutamente que ninguno de nuestros semejantes, cuya existencia percibimos mediante los sentidos, y sin embargo no lo vemos, no lo oímos, no hacemos más que «buscarlo a tientas», sin encontrarlo. Parece, entonces, que las cosas visibles no son más que una parte, y una parte secundaria, de los seres que nos rodean, desde que Dios Todopoderoso, el Ser de los seres, no está entre ellas, sino entre «las cosas que no se ven». Una sola vez, y sólo una, por treinta y tres años, El condescendió llegar a ser uno de los seres que se

ven, cuando El, la Segunda Persona de la Trinidad eternamente bendita, por una inexplicable misericordia, nació de la Virgen María en este mundo visible. Y luego fue visto, oído, palpado; comió, bebió, durmió, conversó, se manejó y actuó como otros hombres. Pero exceptuando este breve período, su presencia no ha sido perceptible nunca. Nunca nos ha hecho conocer Su existencia a través de los sentidos. Vino y se retiró detrás del velo, y para cada uno de nosotros es como si nunca se nos hubiera mostrado; tan poca es la experiencia sensible que tenemos de Su presencia. Y sin embargo «vive eternamente».

En ese otro mundo se encuentran también las almas de los muertos. Ellos, también, cuando parten de aquí no dejan de existir, sino que se retiran de la escena visible de las cosas; o en otras palabras, dejan de actuar sobre nosotros y ante nosotros a través de nuestros sentidos. Viven como vivieron antes, pero el marco externo a través del cual podían mantener contacto con otros hombres, de alguna manera, y no sabemos cómo, está separado de ellos, y se seca como las hojas cuando se desprenden del árbol. Ellos permanecen, pero sin los medios usuales de aproximación y correspondencia con nosotros. Así como cuando un hombre pierde su voz o su mano existe aún como antes, pero no puede ya ni hablar ni escribir o mantener relación con nosotros, así también cuando pierde no solamente la voz y la mano sino toda su figura, o se dice que está muerto, no hay nada que muestre que se ha ido, sino que hemos perdido los medios para poder aprehenderle.

Y los Angeles también habitan el mundo invisible, y en lo que concierne a ellos se nos dice mucho más que lo concerniente a las almas de los fieles difuntos, porque éstas «descansan de sus trabajos», pero los ángeles están activamente ocupados entre nosotros en la Iglesia. Se dice de ellos que son los espíritus ministrantes enviados para servir en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salud» (Heb. 1,14). Ningún cristiano es tan humilde, pero tiene ángeles que lo atienden si vive de la fe y el amor. Aunque son tan grandes, tan gloriosos, tan puros y tan hermosos, que la sola visión de ellos, si nos fuera permitido verlos, nos derribaría por tierra, como le ocurrió al profeta Daniel, tan santo y recto como era, sin embargo, son nuestros servidores y compañeros, y velan cuidadosamente y defienden al más humilde de nosotros, si somos de Cristo. Que forman parte de nuestro mundo invisi-

ble, aparece en la visión que tuvo el Patriarca Jacob. Se nos dice que cuando huyó de su hermano Esaú, «habiendo llegado a cierto lugar, pasó allí la noche porque el sol se había ocultado, y tomó las piedras de aquel lugar, y las puso como almohada, y se echó a dormir» (Gen 28,11). ¡Cuán poco pensaba que en aquel lugar pudiera existir alguna cosa maravillosa! Era un lugar como los demás. Un lugar solitario e incómodo. No había casa alguna, se avecinaba la noche y era necesario dormir sobre la roca desnuda. Y sin embargo, ¡cuán diferente era la realidad! No veía más que el mundo visible; no veía el invisible, pero el mundo que no se ve estaba allí. Estaba allí, aunque no hiciera conocer su presencia inmediatamente, y necesitara ser sobrenaturalmente manifestado a Jacob. Lo vio en su sueño: «Vio una escalera apoyada en tierra mientras lo alto descansaba en el cielo, y a los ángeles de Dios que subían y bajaban a lo largo de la escalera. Y vio al Señor que se sostenía en la cumbre». Este era el otro mundo.

Hagamos ahora una observación. Se habla generalmente del otro mundo como si no existiese ahora, sino sólo después de la muerte. No, existe ahora, aunque no lo veamos. Está entre nosotros y a nuestro alrededor. Es el que le fue mostrado a Jacob en sueños. Los Angeles le rodeaban aunque el no lo sabía. Y lo que Jacob vio en su sueño, el sirviente de Eliseo lo vio con sus propios ojos, y los pastores en la noche de Navidad no solamente lo vieron, sino que lo oyeron. Oyeron las voces de los espíritus bienaventurados que alaban a Dios «día y noche», y que en nuestro estado inferior estamos autorizados a imitar y ayudar.

Estamos, por lo tanto, en un mundo de espíritus, lo mismo que en un mundo sensible, y estamos en comunión con él y de él participamos aunque no tengamos conciencia de hacerlo. Si a alguien le parece esto extraño, reflexione que tomamos parte innegable de un tercer mundo que vemos de verdad, pero acerca del cual no sabemos más que acerca de las legiones angélicas: el mundo animal.

Pero aun así, tomando todas juntas las cosas que vemos, y todas juntas las que no vemos, el mundo que no vemos es en su totalidad un mundo muy superior a ese que sí vemos. Pues, primero de todo, El está allí, por encima de todos los seres, el que ha creado todo, ante quien todos ellos son como nada, y con quien nada puede ser comparado. Lo sabemos, Dios Todopoderoso existe más real y absolutamente que ninguno de nuestros semejantes, cuya existencia percibimos mediante los sentidos, y sin embargo no lo vemos, no lo oímos, no hacemos más que «buscarlo a tientas», sin encontrarlo.

¿Puede existir algo más maravilloso o más sorprendente, si hacemos caso omiso de nuestro acostumbramiento, que el hecho de que vivan a nuestro alrededor una raza de seres a quienes solamente vemos, y de cuyo estado, intereses o destino sabemos tan poco, como si se tratase de habitantes del Sol o de la Luna? Es un pensamiento verdaderamente sobrecogedor, cuando fijamos nuestra mente en él, que estemos en relación familiar con creaturas que son tan extrañas a nosotros y tan misteriosas como si fueran seres fabulosos, no terrenales, más poderosos que el hombre, pero aun así sus esclavos, que la superstición oriental ha inventado. Tenemos un conocimiento más real acerca de los Angeles que de las bestias. Tienen aparentemente pasiones, hábitos, y una cierta responsabilidad, pero todo es misterio acerca de ellas. No sabemos si pueden pecar o no, si están bajo castigo y si van a vivir después de esta vida. Les causamos grandes sufrimientos a algunos de ellos, y sucesivamente, aquí y allá, parecen desquitarse de nosotros, como por una ley maravillosa. Dependemos de ellos en varias formas importantes; usamos su trabajo, comemos su carne. De cualquier modo que esto nos relacione con ellos como para que estén cerca nuestro, poned vuestros pensamientos en todos ellos, grandes y pequeños, en el bosque, en el agua o en el aire, y luego decidme si la presencia de semejantes multitudes incontables, tan variadas en sus naturalezas, tan extrañas y salvajes en sus formas, viviendo sobre la tierra sin objeto comprobable, no es tan misterioso como cualquier cosa que la

Escritura nos dice sobre los Angeles. ¿No es claro a nuestros sentidos que existe un mundo inferior a nosotros en la escala de los seres, con el cual estamos conectados sin entender lo que es?, y, ¿le resulta difícil a la fe admitir lo que dice la Escritura referente a nuestra conexión con un mundo superior a nosotros?

Cuando, de hecho, las personas sienten tan difícil concebir la existencia entre nosotros del mundo de los espíritus, porque no son conscientes del mismo, deberían recordar cuántos mundos, todos a la vez, están de hecho contenidos en la misma sociedad humana. Hablamos del mundo político, del científico, del ilustrado, del literario, y del mundo religioso; y apropiadamente: los hombres, que están tan cercanamente unidos a algunos hombres y tan divididos de otros, tienen tales objetos de ocupación, distintos unos de otros, y distintos principios y empleos en consecuencia, que en un mismo lugar existen juntos un número de círculos o, como ellos los llaman, mundos, integrados por hombres visibles, pero mundos invisibles en sí mismos, desconocidos y aun ininteligibles el uno para el otro. Los hombres van de acá para allá por los comunes senderos de la vida y miran lo mismo, pero hay poca comunión de sentimiento entre ellos. Cada uno conoce poco acerca de lo que ocurre en otra esfera que no sea la propia, y un extraño que llega a cualquier vecindad, se iría, acorde con sus propios conocimientos u ocupaciones, con una impresión totalmente distinta o inversa del mismo, visto como

Hagamos ahora una observación. Se habla generalmente del otro mundo como si no existiese ahora, sino sólo después de la muerte. No, existe ahora, aunque no lo veamos. Está entre nosotros y a nuestro alrededor. Es el que le fue mostrado a Jacob en sueños. Los Angeles le rodeaban aunque él no lo sabía. Y lo que Jacob vio en su sueño, el sirviente de Eliseo lo vio con sus propios ojos, y los pastores en la noche de Navidad no solamente lo vieron, sino que lo oyeron. Oyeron las voces de los espíritus bienaventurados que alaban a Dios «día y noche», y que en nuestro estado inferior estamos autorizados a imitar y ayudar.

un todo. Asimismo, dejad por un momento la excitación política o comercial de alguna gran ciudad, y refugiaos en una villa apartada, y allí, en la ausencia de las noticias del día, considerad el modo de vida y la forma de pensar, las ocupaciones y puntos de vista de sus habitantes, y decidme, ¿no es el mundo, cuando consideramos sus partes separadas, más distinto en sí mismo, de lo que puede ser el mundo de los Angeles que la escritura ubica en medio de él?

El mundo de los espíritus, aunque invisible, está sin embargo presente; presente, ni futuro, ni distante. No se encuentra encima del cielo, no está más allá de la tumba. Esta aquí y ahora. El Reino de Dios está entre nosotros. De esto habla el texto: «No ponemos nuestros ojos —dice San Pablo— en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas». Veis que él considera esto como una verdad práctica, que tiene influencia en nuestra conducta. No sólo habla del mundo invisible sino del deber de «mirar» hacia él. No sólo contrasta las cosas del tiempo con él, sino que dice que su pertenencia al tiempo es una razón, no para mirarlas sino para no mirarlas. La eternidad no está distante porque llegue hasta el futuro, ni el estado invisible deja de influenciarnos porque sea impalpable. De igual manera, dice en otra Epístola: «Nuestra conversación está en el cielo» (Fil.3,20). Y también, «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col.3,3). Y así también, «Dios nos ha resucitado y nos ha hecho sentar juntos en los cielos con Cristo

Jesús» (Ef.2,6). Y con el mismo propósito San Pedro dijo: «A El lo amáis sin haberlo visto; en El ahora, no viéndolo pero sí creyendo, os regocijáis con gozo inefable y gloriosísimo» (I Pe 1,8). Y nuevamente San Pablo hablando de los Apóstoles: «Hemos venido a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres» (I Cor 4,9). Y también, en palabras ya citadas, habla de los Angeles como «espíritus ministrantes enviados para el servicio en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salud» (Heb 1,14).

Tal es el reino oculto de

Dios, y lo mismo que ahora está oculto, así nos será revelado en el momento oportuno. Los hombres creen ser los señores del mundo y poder hacer lo que quieren. Piensan que esta tierra es de su propiedad y que sus movimientos están en su poder, cuando en realidad tiene otros señores además de ellos, y es el escenario de un conflicto mucho más importante del que son capaces de concebir. Contiene a los pequeños de Cristo a los que ellos desprecian, y Sus Angeles en quienes no creen, pero que al final tomarán posesión serán manifiestos. Al presente «todas las cosas», aparentemente, «continúan estando igual que al principio de la creación», y los burlones preguntan: «¿Dónde está la promesa del advenimiento?» (2 Pe.3,4). Pero a su tiempo habrá una «manifestación de los hijos de Dios» (Rom 8,19) y los santos ocultos «brillarán como el sol en el reino de su Padre» (Mt 13,43).

Cuando los Angeles se aparecieron a los pastores lo hicieron de forma súbita. «De repente se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial (Lc 2,13). ¡Qué espectáculo tan maravilloso! La noche hasta ese momento parecía como cualquier otra, como la tarde en que Jacob contempló la visión parecía como cualquier tarde (Gen 28,11). Ellos estaban cuidando las ovejas; miraban la noche que pasaba. Las estrellas seguían su camino. Era medianoche. No tenían idea de una cosa semejante cuando el ángel apareció. Este es el poder y la virtud oculta en las cosas que se ven y que por la voluntad de Dios se manifiestan. Fueron manifestadas por un momento a Jacob, por un momento al sirviente de Eliseo, por un momento a los pastores. Serán manifiestos para siempre cuando Cristo venga en el Ultimo Día «en la gloria de Su Padre con los santos Angeles». Luego este mundo se marchitará y el otro mundo brillará para siempre.

Que estos pensamientos sean los vuestros, hermanos míos, especialmente en esta estación de la primavera en que toda la naturaleza es rica y bella. Solamente una vez al año, pero una vez no obstante, el mundo que vemos hace estallar sus poderes ocultos y se revela a sí mismo de alguna manera. Entonces aparecen las flores, los arboles frutales, y las flores se abren, la hierba y el trigo crecen. Hay un impulso repentino y un estallido de esta vida oculta que Dios ha colocado en el mundo material. Pues bien, esto es como un ejemplo de lo que el mundo puede hacer por mandato de Dios. Esta tierra que se esponja ahora con flores y hojas, estallarà un día en un mundo nuevo de luz y de gloria, en

el cual veremos a los santos y a los ángeles. ¿Quién podría pensar sin la experiencia de primaveras anteriores, quién podría concebir dos o tres meses antes, que la naturaleza, aparentemente muerta, pudiera llegar a ser tan espléndida y tan variada? ¡Qué diferente es un árbol, qué diferente la perspectiva, cuando las hojas están en él y cuando caen! ¡Qué inverosímil sería que, antes de tiempo, las ramas secas y desnudas se vistieran súbitamente con lo que es tan brillante y refrescante! Así es que en el buen tiempo de Dios las hojas vienen a los árboles. La estación puede demorarse, pero llegará finalmente.

Lo mismo ocurre con esta primavera eterna que esperan todos los cristianos. Llegará aunque haya que aguardar. Esperémosla ya que «vendrá y no tardará» (Heb 10,37). Por ello decimos cada día «Venga a nosotros Tu reino», lo que quiere decir: «Señor muéstrate», manifiéstate, Tú que te sientas entre los Querúbines, muéstrate, despliega Tu fuerza y ven a ayudarnos. La tierra que vemos no nos satisface. No es más que un principio, no es más que una promesa del más allá. Incluso en su mayor gozo, cuando se cubre con todas sus flores, aun entonces, no nos basta. Sabemos que en ella existen muchas cosas que no vemos. Un mundo de santos y de ángeles, un mundo glorioso, el palacio de Dios, la montaña del Señor de los Ejércitos, la Jerusalén Celestial, el trono de Dios y de Cristo, todas estas maravillas eternas, hermosas, misteriosas, e incomprensibles, se ocultan detrás de lo visible. Lo que alcanza nuestra vista es sólo la corteza exterior de un reino eterno y sobre este reino clavamos los ojos de nuestra fe. Manifiéstate Señor como en el tiempo de Tu Natividad, cuando los ángeles visitaron a los pastores. Que Tu gloria se abra como las flores y las hojas de los árboles. Cambia con tu inmenso poder este mundo visible en aquel divino mundo que todavía no vemos. Destruye lo que vemos, para que pueda pasar y ser transformado en lo que creemos. Por brillantes que sean el sol, el cielo y las nubes, por verdes que estén las hojas y los campos, por dulce que sea el canto de los pájaros, sabemos que no es esto todo, y no tomaremos la parte por el todo. Estas cosas proceden de un centro de amor y de bondad que es el mismo Dios, pero no son Su plenitud; hablan del cielo, pero no son el cielo. No son, en cierto modo, sino destellos perdidos y débil reflejo de Su Imagen; son tan sólo migajas de la mesa. Nosotros esperamos la llegada del día de Dios, cuando todo este mundo exterior, aunque

bello, perecerá, cuando los cielos sean quemados y la tierra quitada. Nosotros podemos sufrir la pérdida, porque sabemos que no es otra cosa que remover el velo. Sabemos que al cesar el mundo visible, se manifestará el mundo invisible. Sabemos que lo que vemos es como una pantalla que nos oculta a Dios y a Cristo, a Sus Angeles y Santos. Y rogamos ardentemente por la disolución de todo lo visible, porque languidecemos ante lo que no podemos ver.

¡Benditos aquellos, verdaderamente, que están destinados para la visión de aquellas maravillas en las cuales ahora se sostienen, hacia las cuales miran, pero que no pueden reconocer! ¡Benditos quienes puedan alcanzar a contemplar aquello que el ojo mortal todavía no ve y en lo que sólo la fe se alegra! Estas cosas hermosas del nuevo mundo son ahora como serán después. Son inmortales y eternas, y las almas que serán hechas conscientes de ellas, las verán en la calma y la majestad donde siempre han estado. Pero ¿quién puede expresar la sorpresa y el arrobamiento que vendrán sobre aquellos que por primera vez las vean, y para quienes sean nuevas? ¿Quién puede imaginar, por un esfuerzo de la fantasía, los sentimientos de aquellos que, habiendo muerto en la fe, despierten al gozo?

La vida comenzada, lo sabemos, durará para siempre, y si la memoria fuera después lo que es ahora, ése será un día para ser contemplado delante del Señor a través de todas las edades de la eternidad. Creceremos por siempre en conocimiento y amor, aun aquel primer caminar desde la muerte, el día de nuestro bautismo y nuestros desposorios, serán queridos y santificados en nuestros pensamientos. Cuando nos encontremos a nosotros mismos, después de un largo descanso, regalados con frescos poderes, vigorizados con la semilla de la vida eterna dentro nuestro, capaces de amar a Dios como deseamos, conscientes de que todo problema, sufrimiento, dolor, ansiedad, desgracia, están superados para siempre, bendecidos en el afecto pleno de aquellos amigos terrestres a quienes amamos tan pobremente y pudimos proteger tan débilmente mientras estaban con nosotros en la carne, y por encima de todo, visitados por la inmediata, inefable y visible Presencia del Dios Altísimo, con Su Unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo y Su Igual y Coeterno Espíritu, esa gran visión en la cual será la plenitud de gozo y placer para siempre, ¡qué profundidades se conmoverán dentro nuestro!, ¡qué secretas armonías despertadas, de las cuales la



Anuncio a los Pastores, Lc 2,9-14 (Liber Horarum, de los Zúñiga, f.135v.)

naturaleza humana parecía incapaz! Las palabras de la tierra son ciertamente incapaces de servir a tan altas anticipaciones. Permittednos cerrar nuestros ojos y hacer silencio. ■

«Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, porque el Espíritu del Señor sopla sobre ella: ciertamente hierba es el pueblo. La hierba se seca, la flor se marchita, mas la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre». (Isaías 40.6-8)

La presencia de Cristo en los Sacramentos

(del "Misterio de la Iglesia", publicación del
International Centre of Newman Friends)

La justificación viene a través de los Sacramentos; se recibe por la fe, consiste en la presencia interior de Dios, y vive en la obediencia.

Jfc. 278 (1838)

En el orden judío, el hombre trabajaba y Dios lo aceptaba; en el orden cristiano, Dios pronuncia la palabra y el hombre se arrodilla y se salva. Tal es la relación entre Fe y Sacramentos.

Jfc. 287-288 (1838)

La Iglesia jamás ha asentado que seamos justificados únicamente por la ortodoxia, o solamente por el Bautismo, o solamente por las obras; y menos que lo seamos por un cierto sentimiento o experiencia espiritual; y mucho menos ha dicho que creer esto era la única verdad fundamental de la religión. Y si esto se convirtiese en un cargo contra ella, o sea que mientras existe solamente un Salvador invisible ella ha hecho muchos instrumentos y medios visibles para acercarse a El, y que por la multiplicidad de los mismos Lo ha ocultado, yo respondo que, si éste fuese un argumento justo, también tendría que alegarse contra la Ley mosaica, como si las mismas ceremonias divinamente establecidas fuesen culpables de la ceguera de los judíos; pero si los judíos mismos son los culpables, y no su Ley, tampoco vale la objeción antecedente contra el Cristianismo Católico (y sólo puedo considerar aquí tales objeciones), por insistir en el Bautismo y la ortodoxia y las obras.

Jfc. 314-315 (1838)

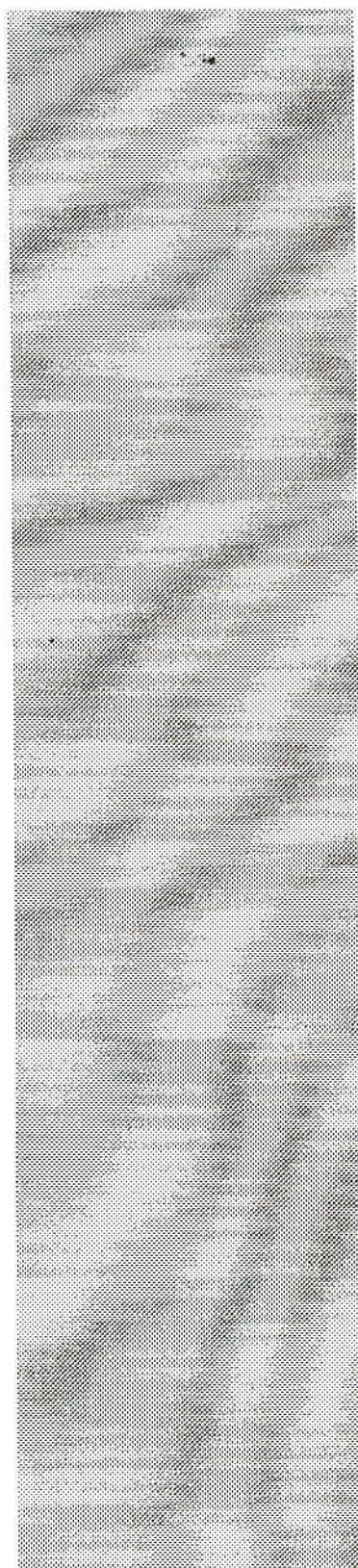
...con la pretensión de luz y de libertad, ellos (muchos de cuantos afirman "sólo la fe") han introducido en el Evangelio el sistema estrecho, minucioso, técnico diremos, y aun yo diría carnal y hueco de los fariseos. Permítaseme explicar lo que quiero decir. Yo diría lo siguiente: que un sistema de doctrina ha surgido en los últimos tres siglos, en el cual la fe y el desarrollo espiritual se contemplan y afirman como el fin de la religión, en lugar de Cristo.
Jcf. 324 (1838)

No quiero decir que Cristo no sea mencionado como el Autor de todo bien, sino que se subraya sobre todo el creer, más que el Objeto de la fe; el auxilio y la fuerza de persuasión de la doctrina, más que la doctrina misma. Y de esa manera la religión se hace consistir más en contemplarnos a nosotros mismos en lugar de Cristo; no simplemente en mirar a Cristo, sino en asegurarnos que miramos a Cristo, no en su Divinidad y Redención, sino en nuestra conversión y nuestra fe en tales verdades.
Jcf. 324-325 (1838)

...quienes niegan la Misión Apostólica degradan la Eucaristía del nivel de Sacramento a un simple rito conmemorativo; o convierten el Bautismo... en una mera forma externa y en un signo de profesión... Y no se detienen aquí; porque al negar la gracia del Bautismo, niegan la doctrina del pecado original, del que la gracia es remedio. Además, la negación de la doctrina del pecado original necesariamente choca contra la doctrina de la redención, y así se prepara el camino para negar la Divinidad del Señor. Además, el negar el poder de los Sacramentos en virtud de su carácter misterioso... les incita naturalmente a objetar la doctrina de la Trinidad...

P.S. II 316-317 (14.12.1834)

Finalmente, después de que han despojado así los remedios divinos al pecado, y el necesario trato del pecador, de toda su solemnidad y reverencia, y después que han convertido todo el esquema de la salvación en una cosa tan ordinaria e inteligible como sería reparar un accidente causado por el hombre; habiendo arrebatado a la fe sus misterios, a los Sacramentos su virtud, al sacerdocio su misión, ¿por qué admirarse de que el pecado mismo se considere una cosa insignificante, el mal moral como una simple imperfección, el hombre como no envuelto en un grave peligro de miseria, y sus deberes de una naturaleza ni ardua ni difícil? En otras palabras, la religión misma está en vía de desaparecer totalmente de los corazones; y en su lugar se supondrá que todos



V° ENCUENTRO

3 al 7 de octubre de 1994

En el inicio del AÑO NEWMANIANO en que se conmemoran los 150 años de la conversión de Newman al catolicismo, a celebrarse el 9 de octubre de 1995

LUNES 3 de Octubre Colegio Cardenal Newman - Eliseo Reclus 1133-Boulogne

20 horas

- MISA DE APERTURA en la Capilla del Colegio.
- CONFERENCIA sobre "La personalidad humana, teológica y literaria de Newman y su conversión al catolicismo a cargo del P. José Morales Marín y del Prof. Víctor García Ruiz.

Ambos catedráticos españoles, estudiosos de Newman, que viajan especialmente para este Encuentro.

- CORO Cardenal Newman.

MARTES

4 de Octubre

21 horas

Colegio San Juan el Precursor - Anchorena 445-San Isidro

- CONFERENCIA sobre "La conciencia cristiana en la concepción ética y religiosa newmaniana", a cargo del P. José Morales Marín.

MIÉRCOLES

5 de Octubre

20 horas

Auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina - Bartolomé Mitre 1869 - Capital.

- CONFERENCIA sobre "Newman y los Padres de la Iglesia", a cargo del P. José Morales Marín.

NEWMANIANO

JUEVES

6 de Octubre

Auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina - Bartolomé Mitre 1869 - Capital.

20 horas

• CONFERENCIA sobre "Testimonio de una conversión", con la presentación de la traducción al español de la novela de Newman "Perder y Ganar" (Ediciones Encuentro), a cargo de su traductor, el Prof. Víctor García Ruiz.

el mismo

JUEVES

6 de Octubre

Instituto del Profesorado Monseñor Terrero - Calle 11 entre 45 y 46 - La Plata.

19 horas

• CONFERENCIA sobre "Newman y la idea de una Universidad", a cargo del P. José Morales Marín.

VIERNES 7 de Octubre Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina - Concordia 4422 - Villa Devoto - Capital

19 horas

• CONFERENCIA de apertura a cargo de S.E.R. Monseñor Juan Carlos Maccarone, Obispo auxiliar de Lomas de Zamora, Titular de Teología Fundamental en esa Facultad.

• CONFERENCIA sobre "La conciencia cristiana en la concepción ética y religiosa newmaniana", a cargo del P. José Morales Marín.

ORGANIZA ASOCIACIÓN AMIGOS DE NEWMAN EN LA ARGENTINA
Auspicia LIBRERIA AGAPE

La entrada es libre y gratuita



los deberes de un ser concebido en pecado y nacido hijo de ira, redimido por la preciosa sangre del Hijo de Dios, renacido y sostenido por el Espíritu a través de la fuerza invisible de los Sacramentos, y llamado a través de la propia mortificación y santificación del hombre interior a gozar de la Eterna Presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se reducirán a una mera moralidad mundana y fría, a un mirar con decencia los reclamos de la sociedad, a cultivar ciertos afectos de benevolencia, y a comportarse externamente con gentileza y cortesía. He aquí el curso y el camino de la incredulidad, aunque comience con aquello que el mundo suele llamar bagatelas.

P.S. II 317-318 (14.12.1834)

El Ministerio y los Sacramentos, la presencia corporal del obispo y del pueblo, son como las llaves y los signos que se nos dan para llevarnos a la presencia de la gran compañía de los Santos; ... no es que aquellos se confundan con tal compañía; pero están en su vecindad...

P.S. IV 175-176 (14.5.1837)

La naturaleza misma es testigo de la conexión entre santidad y verdad. Nos dice que la fuente de la que brote una doctrina pura debe ser ella misma pura; que la sede de la enseñanza Divina y el oráculo de la fe debe ser la habitación de los ángeles; que la casa consagrada donde se elabora la palabra de Dios, y donde se proporciona la salvación de muchos, debe ser santa, como es santa la palabra misma.

Mix 366 (19.8.1849)

Por Sacerdote, en un sentido cristiano, se entiende un canal por elección, por medio del cual se derraman las bendiciones propias del Evangelio sobre la humanidad, uno que tiene el poder de aplicar a los individuos aquellos dones que Cristo ha prometido a los hombres en general como el fruto de Su mediación.

P.S. II 305 (14.12.1834)

.. Los sacerdotes de Cristo no tienen un sacerdocio independiente del Suyo. Son simplemente Sus sombras y órganos, son Sus signos externos; y lo que ellos hacen, es El quien lo hace; cuando ellos bautizan, El es quien bautiza; cuando ellos bendicen, El es quien bendice. El está presente en todos los actos de Su Iglesia, y ninguno de Sus actos es más suyo que otro, porque todos son Suyos.

P.S. VI 242 (29.11 y 6.12.1840)

La eficacia (del Bautismo) reside en el torrente de gracia de Dios que se derrama sobre el alma, en ese cuerpo invisible que se abre al bautizado; y no, de ninguna manera, en el carácter personal de aquellos que lo administran o lo asisten. Cuando se lleva un niño a bautizar, la Iglesia invisible, lo reclama, lo pide de Dios, lo recibe, y le extiende, como instrumento de Dios, su propia santidad.

P.S. IV 176 (14.5.1837)

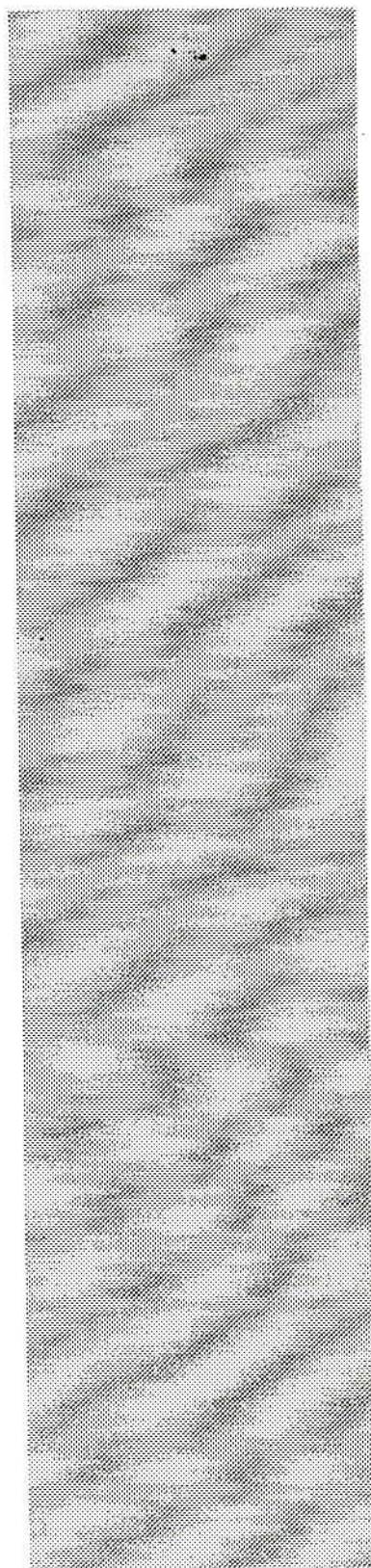
Debemos sentir un tierno afecto por todos aquellos a quienes ha hecho Suyos por el bautismo. Debemos simpatizar con ellos, y alimentar hacia ellos pensamientos amables, y hemos de ser cariñosos, afectuosos, verlos con una mirada sencilla y con cortesía, hemos de mirar por su bien, y orar por su crecimiento en fe y santidad. "No amemos de palabra o de boca, sino con hechos y de verdad" (1 Jn 3,18). Porque "Dios es amor" (1 Jn 4,16), y si nos amamos los unos a los otros, "Dios habitará en nosotros, y Su amor en nosotros será perfecto" (1 Jn 4,12).

P.S. IV 184 (14.5.1837)

(La Misa) no es una simple fórmula verbal; es una gran acción, la más grande acción que puede existir en la tierra. No es sólo invocación, sino, si me es lícito expresarlo así, la evocación del Eterno. El se hace presente en el altar en carne y sangre, el mismo al que los Angeles reverencian y ante quien los demonios tiemblan. Es el tremendo evento que señala el fin y ofrece la interpretación de cada parte de la solemnidad. Las palabras son necesarias, pero sólo como medios, no como fin; no son simples advocaciones al trono de la gracia, sino instrumentos de algo mucho más elevado: la consagración y el sacrificio.

L.G. 327-328 (1848)

...la tendencia de la Iglesia ha sido no restar nada de su maravilla (del Sacramento de la Eucaristía) sino incrementarla. La Iglesia nunca ha estimado en poco tal don; lejos de ellos, sabemos que una gran porción del Cristianismo (la Iglesia Católica Romana) tiene una doctrina mayor que la nuestra. Esta fe, que sobrepasa la nuestra, muestra cuán grande es en realidad el don. Me refiero a la doctrina de la Transubstanciación, que nosotros no admitimos; (Newman escribía esto aún como anglicano) ...que el pan y el vino dejan de serlo, y que el sagrado Cuerpo y Sangre de Cristo se ven, se tocan y se manejan directamente, bajo las



apariencias de pan y de vino... Sobre todo roguémosle que El nos acerque a Sí, y nos dé la fe. Cuando sintamos que Sus misterios son demasiado duros para nosotros, y una ocasión de duda, esperemos confiadamente en El, que nos dé el don de la humildad y del amor. Quienes amen y sean humildes lo podrán aprehender; —las mentes carnales no lo pueden buscar, y las orgullosas se sentirán ofendidas—; pero mientras el amor lo desea, la humildad lo sostiene... Pidámosle que nos dé una ansiosa añoranza de Sí, una sed de su presencia, una ansiedad de encontrarlo, una alegría de escuchar que, aun ahora, puede ser encontrado bajo el velo de cosas sensibles, y una grande esperanza de que Lo encontraremos en ellas. Sin duda serán benditos quienes sin haberlo visto, han creído (Jn 20,29).

P.S. VI 141.151 (13.5.1838)

La verdadera razón por la que la gente no se acerca a la Sagrada Comunión es ésta, —no quieren vivir una vida religiosa; no quieren prometer vivir una vida religiosa; y piensan que este santo Sacramento los obliga a hacerlo, los obliga a vivir de manera mucho más estricta y reflexiva de cuanto lo hacen al presente... En la mayoría de los casos sienten una repugnancia a llevar, o al menos a comprometerse a llevar, el yugo de Cristo; una repugnancia a renunciar al servicio del pecado de una vez por todas; un amor indulgente de su propia comodidad, de su propia voluntad, de su indolencia, de sus hábitos carnales, de la buena opinión de hombres a quienes ellos no respetan; una desconfianza de su propia sinceridad actual. Por ello los hombres no se acercan a Cristo para encontrar en El la vida; saben que El no se les entregará, si ellos no consienten en entregarse a El.

P.S. VII 150-151 (23.1.1842)

Si existe en la Iglesia Católica una idea celestial, desde el punto de vista de idea, ciertamente, después del Santísimo Sacramento, es sin duda la Confesión... ¡Oh, qué tranquilidad profunda, que subyuga el corazón, que provoca lágrimas de alegría, se derrama casi substancial y físicamente sobre el alma, el óleo de alegría de que habla la Escritura, cuando el penitente se pone en pie, su Dios reconciliado con él, y sus pecados arrojados de sí para siempre!

Prepos. 351-352 (1851)

Las oraciones no son sermones, sino accidentalmente. Los puritanos querían convertirlas en sermones; consideraban los



Sacramentos como sermones, y pensaban que su gracia consistía en las impresiones que ellos encendían en su mente; por ello comenzaban ordinariamente con una larga prédica... En la Iglesia primitiva los fieles no pensaban en sí mismos –se acercaban a Dios– la casa de Dios y el altar eran el sermón que El les dirigía, y con ellos los encendía. Los Sacramentos eran los objetos de su interés. Las palabras no eran necesarias. Así, la Ordenación, la imposición de las manos lo es todo. No son necesarias las palabras... Por ello en la administración de la Confirmación, la Exhortación se dirige a aquellos que se acercan para preguntarles qué tienen ellos que dar. Ellos dan su palabra. El obispo les impone la mano –tal es el intercambio. La acción habla; debe ser un don... Pienso que esto es evidente para el sentido común, aunque el obispo no diga una palabra al administrar el rito.

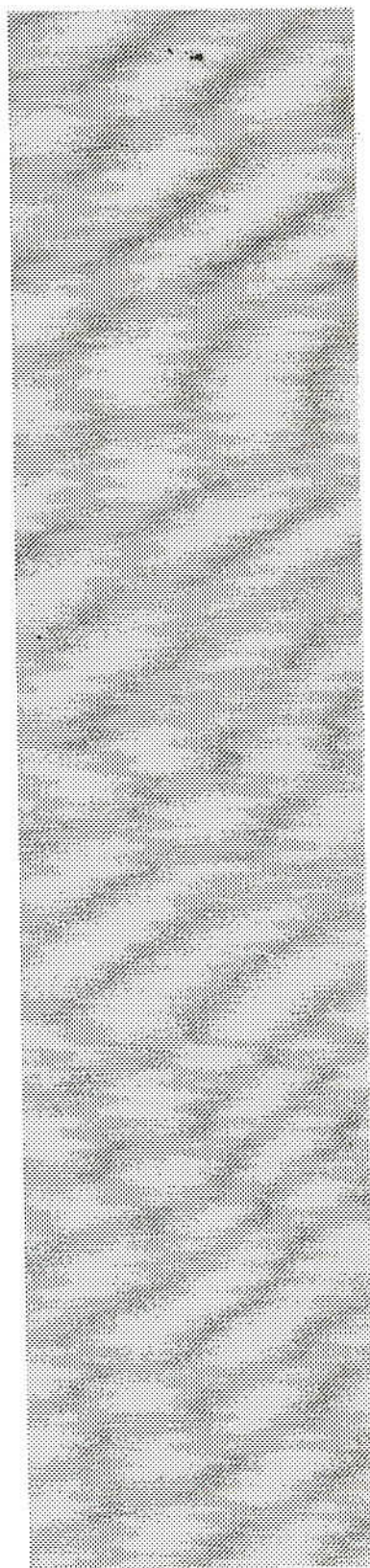
Moz. II 233-234 (4.6.1837)

Si tenemos al menos una porción de fe iluminada, entenderemos que nuestro estado, como miembros de la Iglesia de Cristo, está lleno de misterio. ¿Qué cosa más misteriosa que el haber nacido, como hemos nacido, bajo la ira de Dios? ¿Qué cosa más misteriosa que el ser redimidos por la muerte del Hijo de Dios hecho carne? ¿Qué cosa más misteriosa que el recibir la virtud de dicha muerte a través de los Sacramentos? ¿Qué cosa más misteriosa que el ser capaces de enseñarnos y educarnos mutuamente en el bien y en el mal? ¿Cuánto cambia el punto de vista de un hombre sobre el nacimiento de sus hijos cuando lo penetran estos pensamientos! ¡Qué luz tan diferente ilumina sus deberes como padre!

P.S. III 299 (24.5.1835)

En verdad, nuestro Salvador Misericordioso ha hecho por nosotros mucho más de cuánto revelan las maravillosas doctrinas del Evangelio; El nos ha capacitado para aplicarlas... Pero ¿cómo podríamos apropiarnos Su gracia? ... ¿Cómo tendríamos la confortable seguridad de que El nos ama personalmente, y que cambiará nuestros corazones, que son tan terrenos, y que lavará nuestros pecados, que confesamos ser tan abundantes, a menos que El nos hubiese dado los Sacramentos –medios y garantías de la gracia– llaves que abren el tesoro de Su misericordia?

P.S. III 290.291 (24.5.1835)

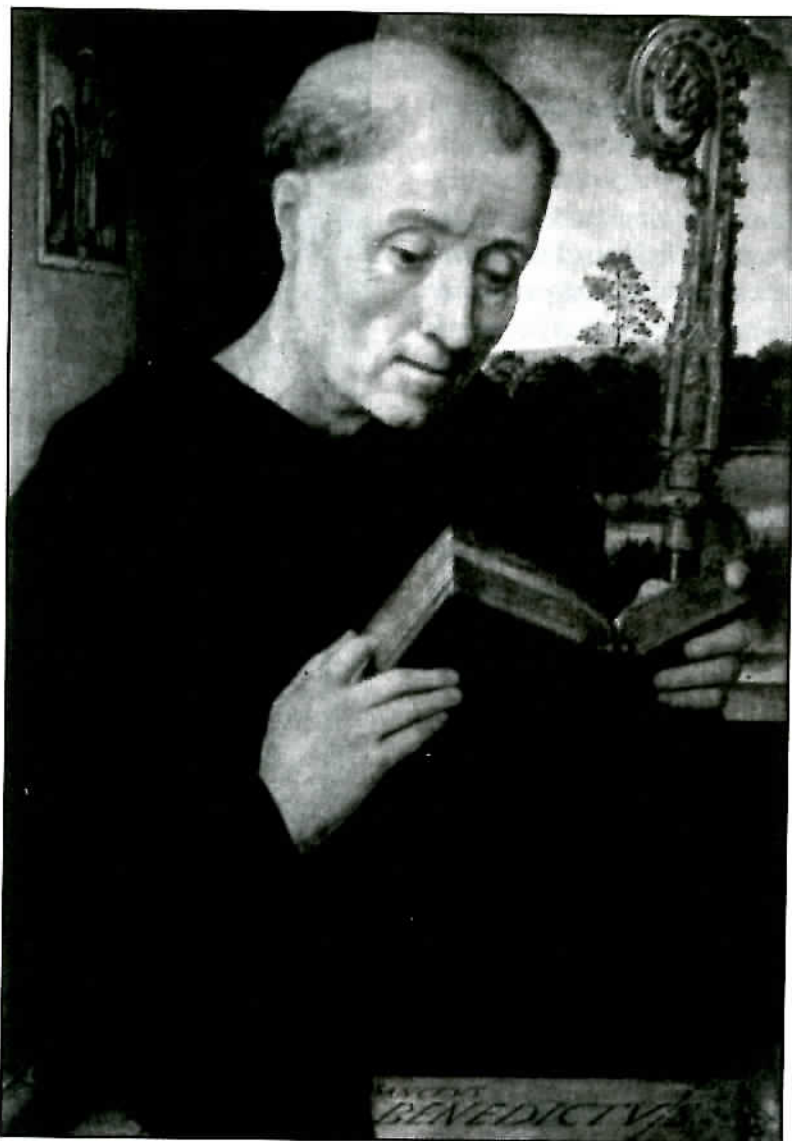


(del «Atlantis» de enero de 1858)

Publicado en *Historical Sketches* vol.II; pp 361-430

Cristianismo Primitivo: La misión de San Benito

(2da. Parte)



Ahora bien la familia de San Benito responde en muchos aspectos a esta descripción, como lo veremos si echamos una mirada a su historia. Ciertamente su espíritu es siempre único, però no lo son sus circunstancias externas. No se trata de una Orden que haya procedido de una mente en una fecha dada, ni que haya aparecido entera a la vez en su total perfección, ni en su perfecto desarrollo, ni que ofrezca la misma y única forma en todas partes desde el principio al fin, como es el caso, en cambio, de otras grandes instituciones religiosas; sino que es una organización diversa, compleja e irregular, variadamente ramificada, rica más bien que simétrica, con muchos orígenes y centros y nuevos comienzos y en la que han actuado influencias locales, tal como sucede con algunos crecimientos en la naturaleza; y el rostro de esta Orden ofrece señales de ser una obra divina y no una mera creación del genio humano. En lugar de progresar según un plan y un sistema a partir de la voluntad de un superior, se diría que estalló y se expandió espontáneamente, y que se autorformuló conforme a las circunstancias, a partir de una irreprimible vitalidad intrínseca y desde la actividad energética de todas sus partes, tal como aquellas criaturas simbólicas de la visión profética "cada una de las cuales se enderezaba donde el im-

pulso del espíritu tenía que ir". Más bien fue derramada, que no enviada, sobre la tierra, mediante una misteriosa operación, mientras los hombres dormían, y a través de las románticas aventuras de individuos, de quienes casi no quedan registros; y de este modo ha descendido esta corriente hasta nosotros, no como algo que se eleva entre nosotros, y la encontramos sin que haya sido establecida. Sus diversos monasterios, desperdigados, ocupan el territorio, cada uno en su lugar, semejantes, aunque superiores, a las aristocráticas casas de antaño. Su notoria antigüedad, su origen desconocido, su historia larga y llena de eventos, su conexión con Santos y Doctores y las leyendas que de ellos quedan, sus respectivas reputaciones ancestrales, su extendida autoridad sobre otras casas religiosas, su influencia sobre las asociaciones de la vecindad, su tradicional amistad y unión con otros grandes señores, los beneficios que han conferido, la santidad que han exhalado —éstos y otros atributos semejantes— los convierten en objetos de respeto al mismo tiempo que de afecto.

VII

Tal es la gran Abadía de Bobbio, en los Apeninos, a la que se allegó San Columbano para morir, habiendo salido con sus doce monjes de su convento de Benchor, condado de Down, y habiendo dedicado su vida a predicar la santidad y a plantar monasterios en media Francia pagana y en Burgundia. Tal es la Abadía de St. Gall, en el lago de Constanza, así llamada por otro irlandés, uno de los compañeros de San Columbano, que se quedó en Suiza cuando su maestro se fue a Italia. Tal es la Abadía de Fulda, en la que está enterrado San Bonifacio, quien, ardiendo en celo por la conversión de los germanos, probó con ellos la primera vez y falló, y luego una segunda vez y tuvo éxito, y al fin coronó sus tareas misioneras de cuarenta años con el martirio. Tal es

Montecassino, la metrópolis de San Benito, en donde el Santo quebró el ídolo de Apolo y cortó su bosquecillo. Antiguas casas como éstas inclina el ánimo por su presencia en la que se mezclan la grandeza y la suavidad. Permanecen firmes en la historia cargadas de un interés que no posee otros monumentos del pasado. La respetable autoridad que hallamos repartida en otras fundaciones —sedes episcopales, catedrales, colegios—, la condensan estas abadías. Cada puerta y cada claustro posee su propia historia, y el tiempo ha grabado en sus muros la crónica de sus revoluciones. Y por más que a la larga hayan sido rudamente destruidas o que se hayan hundido en el polvo, viven en la historia y en las obras de anticuarios, en pinturas y reliquias que de ellas quedan, así como en las tradiciones locales.

A comienzos de la pasada centuria (s. XVIII) los Padres de San Mauro, con el proyecto de recolectar materiales para las celebradas obras que entonces tenían entre manos, enviaron dos de sus miembros a través de Francia y provincias adyacentes. Entre otros distritos, los viajeros atravesaron el bosque de las Ardenas, inmortalizado por la prosa de César y la poesía de Shakespeare. Allí encontraron el gran convento benedictino de San Huberto (10), y si yo me detengo un rato en él por las ilustraciones que ofrece sobre lo que llevo dicho, no es porque las otras veinte abadías que ellos visitaron no hubieran servido perfectamente a mi propósito, sino porque este monasterio fue el primero que cayó en mis manos al hojear su volumen. En aquel entonces, la venerable abadía en cuestión cargaba sobre sus hombres el peso de mil años y sobresalía entre las demás de la región por su poderío, sus privilegios, su renombre y no menos por la santidad de sus miembros. Las tierras en las que estaba situada constituían un feudo franco que incluía dieciséis aldeas. La vieja crónica nos

informa que, hacia mediados del siglo VII, San Sigiberto, el merovingio, se instaló en las Ardenas y sus alrededores para establecer al menos doce monasterios, con la esperanza de obtener del Cielo un heredero de su corona. Como murió prematuramente, pudo cumplir sólo en parte su piadoso propósito; y lo retomó Pepino, seis años más tarde, a instancias de su capellán San Beregiso, al menos para dar comienzo a la abadía de San Tron, y él fue quien escogió como sede de la nueva fundación un sitio en medio del bosque en el que se hallaban las ruinas de un templo dedicado a Diana, diosa pagana de la caza. El santo varón exorcizó el lugar con el signo de la Cruz y, tras haberse convertido en abad de la nueva casa, la proveyó de monjes, o más probablemente, de canónigos seculares. A partir de entonces, y hasta el día estival en que los dos monjes de San Mauro la visitaron, el sagrado establecimiento, con variadas fortunas, había estado en posesión de la región.

Al entrar en el recinto, lo hallaron a un tiempo lleno y vacío: vacío de monjes, pues estaban en el campo recogiendo la cosecha; lleno de peregrinos, que estaban acostumbrados a allegarse, día tras día, en nunca interrumpida sucesión, a visitar la tumba del santo. ¡Qué cantidad de sucesos deberían recordarse para hacer comprensible esta enumeración! ¡Y qué poético es el cuadro que nos muestra, al igual que los eventos que presupone, si es que llegáramos a detallarlos. Puesto que no puedo alargarme en ilustrar toda la historia, debo proseguir declarando cuán estricta fue la observancia de los monjes durante los cien años que precedieron a la llegada de los viajeros, desde el momento en que el abad Nicolás de Fanson llevara a cabo una reforma siguiendo la regla de la Congregación francesa de San Vanne. Debo relatar cómo Nicolás, cuando era un simple monje de la abadía de San Huberto, había querido dejarla

para acogerse a otra comunidad más estricta y la había abandonado para entrar en la Congregación antedicha, y cómo entonces el viejo abad murió de repente y, para su sorpresa, él fue elegido en su lugar. Y debo contar cómo, una vez mitrado, se puso a reformar la casa que había estado a punto de abandonar, para lo cual trajo dos monjes de San Vanne; y cómo el obispo de Lieja, a cuya diócesis pertenecía, se opuso a su santo desigmo, y cómo algunos monjes intentaron envenenarlo; y cómo, a pesar de haber conseguido su propósito, no se le permitió integrar su abadía a la Congregación cuya reforma adoptara; y cómo, empero, su buen ejemplo movió a las abadías vecinas a reformarse por su cuenta, de todo lo cual resultó una unión eclesiástica de las casas flamencas.

Todo esto, sin embargo, no habrá sido más que uno de tantos pasajes en las aventuras acaecidas a la abadía y a sus abades en el decurso de la historia. Antes de la época de Nicolás de Fanson hubo muchos momentos de decadencia y muchas restauraciones. La más famosa e importante fue la reforma efectuada en el año 817, alrededor de un siglo después de su fundación, cuando se sacó a los canónigos regulares que la ocupaban y se puso en su lugar a los monjes, a instancias del entonces obispo de Lieja (por cierto mejor intencionado que su sucesor de la época de Nicolás). A los nuevos ocupantes se agregaron algunas personas de noble cuna provenientes de la Catedral, por cuya sujeción e influencia se decidió la intrépida medida de traer desde Lieja el cuerpo de San Huberto, el Apóstol de las Ardenas. Seguramente fue grande la resistencia de la ciudad en donde reposaba, pero el abad Alreus, amigo y compañero de labor de San Benito de Aniano, el primer reformador de la Orden Benedictina antes de Cluny, fue a ver al obispo y también al obispo de Colonia, y entonces ambos prelados se dirigieron al Empe-

rador Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, quien tenía preferencia por aquel bosque para cazar; y éste remitió el asunto al gran Concilio de Aixa-Chapelle, el cual decidió en favor de los monjes de las Ardenas. Así, el sagrado cuerpo fue conducido con gran solemnidad por el río hacia su nuevo destino; por lo cual los visitantes de San Mauro vieron en el Tesoro, en memoria del feliz acontecimiento, el auténtico cáliz de oro y la bella copia de los Evangelios, ornados con piedras preciosas que Luis le entregara entonces al Abad. Se trataba sin duda de obras artísticas realizadas por monjes de alguna otra casa benedictina, como también el famoso Salterio, del cual también hablan los visitantes, escrito en letras de oro, regalo del Emperador Lotario, hijo de Luis. Y allí en la primera página se lo ve a Lotario sentado, con la corona en la cabeza, el cetro en una mano, y en la otra la espada envainada, y algo muy parecido a una flor de lis abrochando al hombro su capa de armiño. Este precioso regalo, es decir, el Salterio con sus imágenes, dos siglos después pasó inexplicablemente a manos de Lady Helvidia de Aspurg, quien se lo regaló a su pequeño hijo Bruno (más tarde papa León IX) para que aprendiera los salmos, pero como el joven santo no progresara en ello, su madre llegó a la conclusión de que no tenía derecho al libro, y terminó haciendo con Bruno una peregrinación a San Huberto, y no sólo devolvió el Salterio sino además regaló un Sacramentario.

Mas para volver a las reliquias del santo: el sagrado cuerpo fue llevado por agua a lo largo del Maes. El ataúd era de mármol, por lo cual quizás no hubiera sido posible transportarlo de otra manera; pero además de su peso, había otra razón, la indignación de los ciudadanos de Lieja, quienes podrían haber interferido en un viaje por tierra, y de hecho intentaron recobrar el cuerpo varias veces en los años siguientes. Por eso los

buenos monjes de las Ardenas lo escondieron dentro de los muros del monasterio confiando el secreto de su paradero a dos monjes por vez solamente, y a los devotos les mostraban, en su lugar, la Cruz de marfil del santo, su estola, su zapato y su peine, que estaban en la sacristía, y Diana, marquesa de Autrech, regaló una caja de oro para guardar la estola. Pero esto fue en tiempos posteriores, pues al principio eran muy renuentes a permitir la entrada de visitantes a los claustros; y en 838, cuando prolongadas lluvias estaban destruyendo las cosechas y las gentes de los alrededores iban en procesión a pedir la intercesión del Santo, el prudente abad Sewold, amparándose en la Regla, sólo admitió a sacerdotes, y de a tres o cuatro, descalzos, y a muy pocos laicos con cada uno de ellos. Los suplicantes eran gentes honradas y sin ninguna mala intención, sino con piedad y devoción; y la lluvia cesó y la región se salvó gracias a San Huberto de Ardenas. Y de ahí en más otros, además de los monjes, se interesaron en establecerse en el bosque.

Acabo de decir algo para explicar por qué el atrio estaba lleno de peregrinos cuando llegaron dichos visitantes. San Huberto había sido objeto de devoción por un beneficio particular, y quizás desde su llegada al lugar, seguramente a principios del siglo VII, pues tenemos noticias de ello entonces. Su preferencia por el bosque respecto de la ciudad, manifestada por él aun antes de su conversión, fue renovada en las gracias particulares y servicios milagrosos que acostumbró a otorgar con su gloriosa intercesión en el Cielo. Es famoso por curar a los mordidos por animales salvajes, especialmente perros de caza, y para recibirlos había un hospital adscrito a la Abadía. El sacristán de la Iglesia oficiaba en la curación, con ritos que jamás fallaron, aunque esto suene a superstición a las personas circunspectas. Ciertamente

eran asombrosos a primera vista, tanto es así que el obispo de Lieja le hizo una acusación formal, al que siguió un proceso. El obispo, la Universidad de Lovainay su Facultad de Medicina condujeron la encuesta, y el dictamen fue en favor de la Abadía sobre la base de que lo que aparentaba ser un encantamiento tenía un carácter medicinal. Con todo, por más que el sacristán intervenía en las curaciones, el cuidado general de los pacientes estaba a cargo de externos. Del hospital se ocupaban sacerdotes seculares ya que los monjes no confesaban más que a sus propios fieles. Se observaba esta regla para reservarse sólo a los deberes propios de la Orden —el coro, el estudio, el trabajo manual y la copia de libros— y los mauristas fueron testigos oculares de las tareas de agricultura, y vieron además los resultados de su diligencia en la biblioteca, que era la más importante de la región. Nos cuentan que había, entre otros, ejemplares de la Biblia de San Jerónimo, de las Actas de los Concilios, de la Historia de San Beda, de Gregorio e Isidoro, de Orígenes y San Agustín.

El relato de los mauristas encomia tanto los edificios monásticos como el hospital y la biblioteca. Aquellos edificios constituían toda una crónica de su antiguo origen así como de los cambios sucedidos. Primero se construyeron las pobres cabañas de San Beregisio sobre el suelo aún pantanoso del bosque cortado a medias. Luego, al llegar San Huberto, hubo una casa más adecuada. Y varios siglos después San Thierry, el amigo íntimo del gran papa Hildebrando, lo renovó todo con magnificencia cuando le tocó ser Abad. A pesar de no haber sido apreciado por sus monjes en vida (como tampoco lo fuera más tarde Nicolás), tras su muerte descubrieron que era un santo y que debieran haberlo descubierto antes, y colocaron su cuerpo en la cripta, en la que permaneció junto con el de otro santo Abad posterior, hasta

que en el siglo XVI los calvinistas irrumpieron y los quemaron hasta reducirlos a cenizas. También quedan marcas de su fanatismo en los pilares de la nave de la iglesia, la cual había sido levantada por el abad Juan de Wahart en el siglo XII y reedificada cuatro siglos después por los abades Nicolás de Malaise y Romaculus, el amigo de Blossius. Dicha iglesia fue ornamentada por el abad Cipriano, al que llamaban el amigo de los pobres, y sin duda nuestros viajeros admiraron el mármol del coro y del santuario, así como los candelabros de plata del altar donados por el Abad de entonces a quien quizás le oyeron cantar la solemne Misa de la Asunción, como solía en esta fiesta, con sus cuatro capellanes seculares, uno llevándole la cruz, otro la mitra, el tercero el báculo y el cuarto el candelabro, acompañado por el órgano y el repique de muchas campanas, instrumentos donados cien años antes por el abad Balla. Sería difícil imaginar una unión más armoniosa de lo humano con lo divino, de lo dulce con lo austero, del trabajo y la calma, del esplendor y la simplicidad, que la desplegada en esta gran casa religiosa de acuerdo con su regla mientras fue observada y persiguió los fines para los que fue fundada.

VIII

Se ha acusado a los monjes por elegir bellos sitios para habitar, como si ello fuese un lujo en la ascética, y no más bien el paliativo necesario de su ascetismo. Hasta las críticas más benévolas opinan que esos sitios se eligen por una especie de indolencia sentimental, decorativa. «El río Beaulieu —dice Mr. Warner en su topografía de Hampshire, y lo cito porque escribe menos insidiosamente que la mayoría— el río Beaulieu está provisto de toda clase de peces, y se lo pondera en especial por sus excelentes ostras, y hasta el borde del agua lo orillan bellos bosques colgantes. En el recinto claustral quedan restos de

varios estanques de peces para uso del convento. Algunos de ellos han quedado en perfecto estado hasta hoy, y abundan en peces. Se trata de un ejemplo más del lujo monacal en lo que concierne al agua: para asegurarse una buena producción esos monjes no se ahorraron ni trabajo ni gastos. Aproximadamente media milla al sudeste de la abadía hay un denso bosque; y en un sitio casi inaccesible hay una cueva formada por bruñidas piedras. La entrada es estrecha, pero se va ampliando hasta constituir un pequeño departamento de siete pies de ancho, diez de profundidad y casi cinco de alto. En su interior un copioso y transparente manantial, que brota de la garganta de la cueva y se pierde en una hondonada, es recogido por una serie de tubos de piedra, que en su momento comunicaban con la abadía. Hay que confesar que los monjes ostentaban en general un gusto refinado en la elección de los lugares. La Abadía de Beaulieu es una prueba impresionante de ello. Quizás pocos sitios en todo el reino podrían citarse que fuesen mejor calculados que éste para la reclusión monástica. Los profundos bosques de que está rodeado casi por entero exhalan un aire tenebroso y solemne sobre el escenario, muy apropiado para suscitar emociones religiosas; en tanto que la corriente que se desliza a su lado proveía a los reclusos un emblema de la vida humana, y al mismo tiempo que suavizaba sus mentes con un gentil murmullo las inducía a serios pensamientos con su continua e irrevocable lección.»(11)

En realidad, los monjes no eran tan delicados, y si Mr. Warner los hubiese visto, sin duda hubiera quedado asombrado, tanto de la fuerza como de la suave simplicidad que los caracterizaba. No eran sentimentales soñadores, para enamorarse de los vientos melancólicos y de los arroyuelos susurrantes, de las cascadas y enramadas tilingas; sino que su poesía era la poesía del trabajo rudo y la

ruda convivencia, de corazones generosos y manos caritativas. Podían arar y cosechar, podían hacer vallados, zanjas y desagües; podían talary trabajar como carpinteros; podían techar sus chozas con paja o con cañas; podían abrir una ruta, podían desviar o reforzar el lecho de un río, podían construir un puente sobre un torrente. Mr. Warner menciona uno de sus lujos —el agua clara y saludable—, lujo que podían permitirse, sobre todo porque la obtenían gracias a su propio trabajo paciente. Si sus tierras son pintorescas y sus paisajes son fértiles, es que ellos los hicieron así y creo que tenían derecho a disfrutar del trabajo de sus propias manos. Habiendo encontrado un pantano, unas marismas, un matorral, una roquedada, hicieron del páramo un Edén. Acabaron con las víboras; extirparon los gatos monteses, los lobos, los jabalíes, los osos; echaron o bien convirtieron a los vagabundos, a los bandidos, a los ladrones. Las tinieblas de la selva se marcharon, y por primera vez después del Diluvio el sol brilló sobre el suelo húmedo. San Benito es el verdadero hombre de Ross, que transformó el desierto en vergel como lo canta el poema. Y escritores sinceros, si bien no católicos, lo admiten. Hasta historiadores ingleses, y mucho más los historiadores y arqueólogos extranjeros, han llegado a un unánime veredicto en este punto. «Les debemos a los monjes la restauración de la agricultura en gran parte de Europa», dice Mr. Hallam. «Los monjes fueron los mejores agricultores y los únicos jardineros», dice Forsyth. «Nadie mejoró sus tierras y posesiones más que los monjes —dice Wharton—, mediante el cultivo, la construcción y otros métodos». El

cultivo de las tierras de la Iglesia, según lo infiere Sharon Turner en base al Doomsday Book, fue superior al de otros propietarios, pues en ellas había menos bosques, menos pasturas comunes, y más fértiles praderas. Allí donde llegaban, dice Mr. Soame on Mosheim, «convertían el desierto en una región de labranza, promovían el desarrollo de la ganadería y la agricultura, trabajaban con sus propias

plar tanto su utilidad humana como su servicio divino en el aspecto de su poesía. Por ello su historia es tan romántica como útil, tan vivaz como seria, con sus episodios de aventuras y proezas personales, sus cuadros de colonización, de caza, de granja, de ingeniería civil y de evangelización reunidos en una misma persona, con su sobrenatural colorido de virtudes heroicas y milagros. Cuando San Columbano llegó por vez primera a Burgundia con sus doce monjes, se asentó en un vasto desierto y los puso a cultivar la tierra. Al principio se morían de hambre y se veían obligados a vivir de las cortezas de los árboles y de rústicas hierbas.

En una ocasión, pasaron cinco días en estas condiciones. San Gall, uno de ellos, se trasladó a un bosque de Suiza, temible por sus muchas fieras salvajes; y allí escogió la cercanía de un arroyo de montaña, hizo con ramas una cruz, colgándole unas reliquias, y de este modo fundó su famosa abadía. San Ronan pasó de Irlanda a Cornwall, y eligió un bosque, lleno de fieras, para levantar su ermita, cerca del Lizard.

Los monjes de San Dubritius, el fundador de las escuelas de Escocia, buscaban también los bosques y trabajaban duramente en manufacturas, agricultura y construcción de caminos. San Sequanus se asentó allí «donde los árboles casi tocaban el cielo»; y cuando él y sus compañeros se pusieron a explorar se preguntaban cómo podrían penetrar, hasta que vieron un sendero tan estrecho y lleno de espinos que apenas podían poner un pie tras otro; con mucho esfuerzo y con la ropa desgarrada lograron internarse en la espesura y, encorvándose en cuatro patas en la oscuridad, dieron con una caverna oculta por las ramas entrelazadas de los árboles y cerrada con piedras y malezas. Era, según el relato monástico, la caverna de los



manos, secaban los cenagales y clareaban las selvas. Gracias a ellos la Germania se volvió un país fértil». M. Guizot se expresa rotundamente: «Los monjes benedictinos fueron los agricultores de Europa; la limpiaron en gran escala, asociando la agricultura y la predicación» (12)

El objeto primordial de San Benito, al dedicar sus monjes a los trabajos manuales, ciertamente no fue ni la utilidad social ni la poesía, sino la penitencia; empero, sus tareas implican ambas cosas. Los autores que cité recién hacen hincapié en su utilidad, y se me permitirá a mí haberme dedicado a su poesía; es legítimo contem-

bandidos y el punto de reunión de los malos espíritus. Sequanus se arrodilló, oró, trazó la señal de la Cruz sobre el abismo y construyó allí su celda. Tal fue la primera fundación de la famosa abadía que lleva su nombre, en Burgundia. (13)

Sturm, de Bavaria, convertido por San Bonifacio, como éste en su momento fue arrebatado por el deseo de fundar una casa religiosa en los páramos de la Germania pagana; salió con dos compañeros y anduvo dos días por la foresta de Buchonia sin ver más que tierra, cielo y árboles enormes. Al tercer día se detuvo y eligió un sitio que, probado, no resultó. Entonces prosiguió, montado en un asno, cortando ramas para defenderse de las fieras, hasta llegar al fin al lugar (descrito por san Bonifacio como «locum silvaticum in eremo, vastissimae solitudinis») en donde más tarde se erigieron la abadía y las escuelas de Fulda. Por su parte Wunibald, desconfiando del buen vino del Rin en donde estaba, decidió irse y compró la tierra donde luego se edificó Heidensheim, que entonces era un desierto de árboles y maleza que cubrían un profundo valle y las laderas de elevadas montañas. Hacha en mano, comenzó a limpiar el suelo para su casa religiosa, mientras los salvajes nativos lo miraban hoscamente, recelosos por sus lugares de caza y sus árboles sagrados. Su hermano Willibald se había dedicado igualmente a explorar su selva en todas direcciones y a sembrarla de monasterios. El irlandés Alto se instaló también en un bosque, a mitad de camino entre Munich y Viena. Pirminius escogió una isla, célebre por sus viboras, y en ella plantó su ermita y su capilla, que a la larga se convirtió en la rica y noble abadía y escuela de Augia Maior o Richenau (14). La celeberrima Escuela de Le Bec tuvo un origen similar en una fecha posterior, cuando Herluin, un ex-soldado, consagró su casa y su granja a un propósito eclesial, gobernando, como abad, el mo-

nasterio que fundara. Su biógrafo dice: «Cuando el oficio terminaba en la capilla, podía verse salir al campo, a la cabeza de sus monjes, con su bolsa de semillas al cuello y su rastrillo o su azada en la mano. Y allí permanecía, trabajando duro con ellos hasta la caída de la tarde. Algunos se dedicaban a limpiar el suelo de zarzas y malas hierbas; otros esparcían estiércol; otros sembraban o escarbaban; ninguno comía su pan de balde. Después, al llegar la hora de recitar el oficio en la iglesia, se reunían todos puntualmente. Su alimento habitual era pan de centeno y legumbres con sal y agua; el agua era barrosa, pues el manantial estaba a dos millas» (15). Lanfranc, que por entonces era un seglar, quedó tan edificado por aquel sencillo Abad que, recién llegado del campo, se sentaba a comer con las manos sucias, que decidió reunirseles (16); empero, resultando inepto para el trabajo, abrió en la casa una escuela de lógica con el objeto de ganar dinero para la comunidad. Tal fue la cuna de la teología escolástica; y los últimos años de la patristica, que casi fueron contemporáneos, ofrecen una escena similar: San Bernardo fundando su abadía de Claraval en un lugar llamado el Valle de la Vilforesta, en el corazón de una selva salvaje, nido de bandidos, y sus trece compañeros despejando un claro, levantando unas pocas cabañas, y viviendo de pan de cizaña o cebada y hojas de haya heridas como legumbres (17).

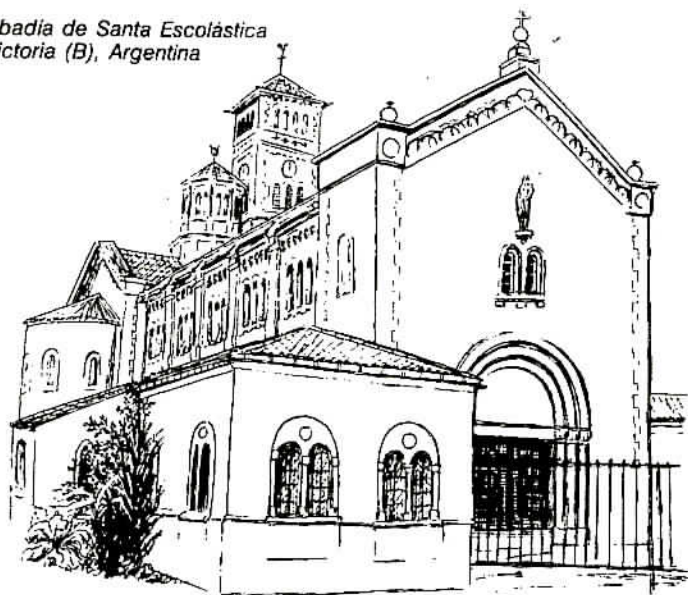
¡Qué hermoso es el relato de Simeón de Durham acerca de Eassterwine, primer abad de Wearmouth después de Bennet de San Pedro! Era un hombre de noble cuna, que se consagró a la religión y murió joven. Simeón dice: «Aunque había estado al servicio del rey Egfrid, una vez que abandonó los negocios seculares y dejó de lado las armas, asumiendo en su lugar el comercio espiritual, fue nada más que un humilde monje, exactamente igual a sus hermanos,

aventando con ellos la paja con gran alegría, ordeñando las ovejas y vacas, amable y obediente en la panadería, en el huerto, en la cocina y en todos sus deberes caseros. Y cuando lo nombraron Abad, siguió siendo el mismo con todos, cordial, afable y amable; o bien, en el caso en que se cometiese alguna falta, corrigiéndola según la Regla, pero ganándose al culpable con su seriedad sin afectación de manera que aquél no deseaba repetir la falta. Y con frecuencia, cuando andaba de aquí para allá en los asuntos del monasterio y veía trabajando a sus hermanos, en seguida se ponía a acompañarlos, ya conduciendo el arado, ya moldeando el hierro, ya aventando el fuelle, o lo que fuere. Era joven y fuerte, de voz dulce, temperamento amable, corazón magnánimo y elegante presencia. Compartía el mismo pan que sus hermanos, y bajo el mismo techo. Dormía en el dormitorio común, como antes de ser abad, y siguió en él durante los dos primeros días de su enfermedad, cuando la muerte se le acercaba y él lo sabía muy bien. Mas en los últimos cinco días se trasladó a un lugar más retirado; y luego, saliendo al aire libre y sentándose, llamando a sus hijos con su habitual ternura, dio el beso de paz a los monjes que sollozaban, y murió durante la noche mientras ellos estaban cantando las laudes.» (18)

IX

Esta gentileza y ternura de corazón parece haber sido tan característica de los monjes como su sencillez; y entre ellos hay algunos santos que lo muestran en el escenario público de la historia, es porque fueron llamados fuera de sus conventos para un propósito especial y, como lo he dicho antes, las excepciones a una regla suelen ser grandes excepciones. Beda salió para observarle al rey Ethelberto que, al convertirlo San Agustín, había tenido la oportunidad de aprender que a los hombres

Abadía de Santa Escolástica
Victoria (B), Argentina



se los guía hacia el Cielo, pero no se los fuerza. Adelmo, durante un concilio que trató las perversas opiniones de los cristianos británicos, sostuvo que, según el principio asentado por los Padres, «los cismáticos han de ser convencidos, y no compelidos»; escribió un libro sobre sus errores y convirtió a muchos de ellos. Wolstan cuando el poder civil fracasara en su intento de parar el tráfico de esclavos que se llevaba a cabo en Bristol, consiguió el éxito con su prédica perseverante. Era tan amable en el confesionario, que los penitentes acudían a él de todas partes de Inglaterra (19). Este había sido el espíritu de los monjes desde el principio; el estudioso de la historia eclesiástica puede recordar cierto pasaje de la historia de San Martín, cuando su deseo de defender a los herejes de la pena capital le ocasionó grandes dificultades con el usurpador Maximus (20).

Las obras de penitencia y las obras de misericordia se dan la mano en la historia de los monjes: desde los solitarios de Egipto hasta los trapenses de hoy en día, éste es uno de los puntos que demuestran la unidad del ideal

monástico. Siempre trabajaron para los demás al mismo tiempo que trabajan para sí mismos; no sólo para la posteridad, sino para sus vecinos pobres y para los viajeros que recibían. San Agustín nos cuenta que los monjes de Egipto y de oriente llevaban a cabo tal cantidad de trabajos manuales como para cargar barcos con provisiones para los distritos pobres. Teodoreto habla de quinientos monjes que con su trabajo sostenían, además de su comunidad, a innumerables pobres y extranjeros. Sozómeneo habla del monje Zenón quien a los cien años, siendo obispo de una iglesia rica, trabajaba para los pobres tanto como para él. En un siglo posterior, Corbinian rodeó de frutales y viñedos su iglesia de Germania y con su producto mantenía a los pobres. Los monjes de San Gall, ya mencionados, cultivaban, plantaban, pescaban, obteniendo así los medios para aliviar a los pobres y recibir a los huéspedes. «Los monasterios —dice Neander— eran centros de promoción de variados comercios, artes y ciencias. Las ganancias resultantes de su combinada labor eran destinadas a aliviar a

los desdichados. Durante las hambrunas salvaban de la inanición a centenares» (21). Durante una carestía de comienzos del siglo XII, un monasterio vecino a Colonia distribuyó en un día mil quinientas limosnas que consistían en pan, carne y legumbres. Por aquella época San Bernardo fundaba su monasterio de Citeaux que, a pesar de estar ubicado en el vasto distrito que describí antes, estaba en condiciones de mantener doscientos pobres por mes, además de dar a otros limosnas extraordinarias. Los monjes ofrecían su sencilla hospitalidad tanto a los de alto como a los de bajo rango; y a quienes desdeñaban su techo, al menos podían ofrecerles refugio en caso de desgracia, o peligro, u otros avatares.

El duque Guillermo, antepasado del Conquistador, estaba cazando en los bosques cercanos a Jumieges, cuando de pronto encontró una rústica ermita. Eran dos monjes que habían atravesado la foresta y con gran esfuerzo habían cortado algunos árboles, aplanado el suelo, recolectado unas cañas y acomodado su cabaña (22). Guillermo escuchó su historia, no de buen humor quizás, y se alejó despreciando el pan de centeno y el agua que le habían ofrecido. Al poco rato lo trajeron herido e inconsciente, tras un encontronazo con un jabalí. Cuando volvió en sí, aceptó la hospitalidad que antes rechazara y terminó construyéndoles un monasterio. Sin duda los había tomado por intrusos y violadores de sus dominios, a pesar de su carácter y objetivo religiosos. Los príncipes normandos eran tan amigos de las fieras salvajes como los monjes eran enemigos de ellas: existe aún una carta del Conquistador para la abadía de Caen (23) en la cual estipulaba que sus ocupantes no debían convertir los bosques en campos de labranza, reservándose así su deporte. Contrastando con este rústico retiro y esta ruda hospitalidad, está el cuadro diferente, pero igualmente benedictino, de la sagra-

da gruta de Subiaco y de los diálogos espirituales que ofrecía a todos los visitantes, tal como lo da el obispo Ullathorne en su última peregrinación: «Los árboles—dice—que rodean la venerable gruta son muy viejos, pero vigorosos y sanos. Sus grandes raíces grisáceas aparecen con toda clase de ondulaciones y arrugas, y sus ásperos troncos se enconan y retuercen con el vigor y la facilidad de gigantes boas... ¡Habrán sido testigos de las meditaciones de tantos santos solitarios! Y también habrán visto irrumpir bajo sus calmas ramas a hombres armados, atormentados por la sed del pillaje y la pasión de la sangre que ni siquiera pudo detener un santuario tan sagrado. Y después, a lo largo de doce siglos, fueron testigos de la llegada de muy grandes Papas, los Gregorios, los Leones, los Inocencios y los Píos, que, uno tras otro, venían a refrescarse de sus trabajos en esta soledad que está impregnada con la inspiración de San Benito y que exhala su santidad» (24).

¡Qué temas tan afines para sus versos hubiera hallado en tales escenas e historias el más dulce de todos los poetas, aquel que en sus *Geórgicas* demostró tanto amor por la vida y tareas campestres y por los temas y pensamientos que brotan del campo! Ojalá esta Cristiandad hubiera tenido un Virgilio para describir los antiguos monjes en sus labores rurales, así como tuvo un Sacchi o un Domenichino para pintarlos. ¡Qué bien habría logrado exponer las aventuras y las fatigas de los agricultores misioneros aquél que cantó el invierno de Scythia, la morriña del ganado, el ciervo de Sylvia y la morada boscosa de Evandro! ¡Qué bien podría haber retratado a San Paulino o a San Sereño en su huerta aquél que pudo hacer un cuadro tan bello de la vieja Corycia cosechando entre la espesura sus pobres hortalizas en el rincón de la región que «no era buena para la labranza, ni para la pastura, ni para la viña! Cómo podría haber extraído la

poesía de aquellos sencillos labradores quien nos habló de aquel viejo horticultor y de su satisfacción cual la de un rey, por sus inocentes riquezas en flores y frutos! Aquél que aborreció las ciudades y amó el valle, las corrientes fluctuantes, y el bosque, y la vida escondida que recelan, y las profundas lecciones que susurran, ¡qué bien habría podido ilustrar esa maravillosa unión de oración, penitencia, trabajo y obra literaria, el verdadero «otium cum dignitate», un fructífero ocio y una dignidad de humilde corazón que ejemplifica el Benedictino!

Lo que un poeta escoge deliberadamente como tema de sus poemas ha de ser poético en sí mismo por naturaleza. El poeta al fin de cuentas no es más que un hombre, y en cuanto tal puede preferir un sólido bife a todas las creaciones de su propio frenesí que, en cuanto poeta, son su alimento. Pero ningún poeta deberá jamás su reputación al tratamiento de temas que no tienen poesía. Así, pues, cuando Virgilio elige el campo y rechaza la ciudad, nos está demostrando que cierto aspecto de la ciudad no congenia con la poesía y que sí congenia cierto aspecto del campo. El reposo, intelectual y moral, es la cualidad de la vida campestre que él escoge para celebrar; y el esfuerzo, el bullicio y la excitación son las características de la ciudad que él aborrece. En esto reside, de acuerdo con Virgilio, la poesía de San Benito: en la «secura quies et nescia fallere vita», en la ausencia de ansiedad y enojo, de planes y esquemas, de esperanzas y temores, de dudas y desilusiones. Una vida así, vivir al día sin solicitud por el mañana, sin planes ni objetivos, ni siquiera santos, aquí abajo; trabajar al ritmo de las horas; sembrar la tierra con la certidumbre de la cosecha prometida; leer o escribir esta semana sin la consecuente necesidad de hacerlo la siguiente; habitar en medio del propio pueblo sin lazos distantes; acoger cada nuevo día como

un todo en sí mismo, sumado y no complementado al pasado; y realizar obras que no pueden ser interrumpidas, pues son completas en cada porción; una vida así merece llamarse enfáticamente «virgiliana».

Por el contrario, aquéllos cuyo deber reside en los que podríamos llamar «emprendimientos», ya sea en ciencia como en sistemas, ya en sostenidos esfuerzos del intelecto como en elaborados procesos de acción—apologistas, controversialistas, coloquiales de escuelas, profesores de cátedra, maestros del púlpito, autoridades de la Iglesia—tienen una misión noble y meritoria, pero no una misión poética. Cuando el marco corporal recibe una injuria, o lo asalta una súbita enfermedad, es de esperar que la naturaleza misma rectifique el mal, pero esto requiere su tiempo; la ciencia acude entonces para acortar el proceso, y es violenta para poder ser eficaz. Esto podría ser tomado como ejemplo para ilustrar el modo benedictino de contrarrestar las miserias de la vida. San Benito halló en ruinas el mundo, físico y social, y su misión fue restaurarlo por el camino de la naturaleza, no por el de la ciencia: no como quien se propone hacerlo y para ello se fija un tiempo y lo hace a golpes, sino con calma, con paciencia, gradualmente, tanto es así que, hasta no estar terminada la obra, no se notaba que se estaba realizando. Se trataba de restaurar, no de corregir ni convertir. El mundo nuevo que él ayudó a crear fue más el producto de un crecimiento que una estructura. Hombres silenciosos aparecieron en el campo o en el bosque, cavando, limpiando y construyendo; y otros hombres silenciosos, que no aparecían, estaban sentados en el frío claustro, agotando sus ojos y con la atención fija en el esfuerzo de descifrar y copiar y recopiar los manuscritos que salvaban. Ninguno de ellos peleó o gritó ni alardeó de lo que estaba haciendo; pero gradualmente la ciénaga boscosa se convirtió en una

ermita, en una casa religiosa, en una granja, en una abadía, en una aldea, en un seminario, en una escuela, en una ciudad. Rutas y puentes los conectaron con otras abadías y ciudades que habían crecido del mismo modo; y lo que el altanero Alarico o el fiero Atila habían despedazado fue recompuesto por estos pacientes hombres meditativos y comenzó a vivir de nuevo. Y entonces, al cabo de tantos años de ir ganando sus pacíficas victorias, llegaron por ventura otros invasores que a fuego y espada deshicieron en una hora su lenta y perseverante labor. Los hunos siguieron a los godos, los lombardos a los hunos, los tártaros a los lombardos; y los sajones se domesticaron cuando los daneses estaban por tomar su lugar. La tarea civilizadora de siglos—iglesias, colegios, claustros, bibliotecas— fue reducida a cenizas, y no les quedó más remedio que empezar todo de nuevo. Pero lo hicieron sin protestar, en seguida, con alegría y calma, como si la restauración hubiese de venir por una ley de la naturaleza y ellos fuesen como las flores y los arbustos y los árboles frutales que cultivaban, que no se vengan cuando son maltratados, no recuerdan el mal, sino que vuelven a dar ramas, hojas y brotes nuevos, y tal vez más profusamente y de mejor calidad, puesto que los viejos fueron rudamente arrancados. Si un lugar sagrado era profanado, los monjes se iban a otro, y en el interín aparecían gentes ricas y poderosas que, recordando con amor el pasado, se ponían a restaurarlo. Tal fue el caso del monasterio de Ramsey tras el estrago de los daneses. Un duque poderoso, conmovido en su corazón consultó a su obispo sobre cómo promover mejor la gloria de Dios, y el obispo le contestó que sólo los que renuncian al mundo son libres, calmos y sin afañes, y que su renuncia trae una bendición a los suyos, agregando que gracias a ellos «se sana la atmósfera el trigo crece con más abundancia, el

hambre y las pestes desaparecen, el estado es mejor gobernado, las cadenas se rompen y se alivian las miserias». Y le aconsejó que lo mejor era fundar un monasterio, edificarlo y proveerlo. El duque Alwin le replicó que había heredado una vasta región en medio de marismas, con un bosque vecino, algunas zonas de buenos pastos y otras de praderas; y llevó al obispo a verla. De hecho era una isla en un pantano, y lo más solitaria que pudiera desearse. El regalo fue aceptado, se reunieron trabajadores, campesinos piadosos de las cercanías dispuestos a la tarea. Se trajeron doce monjes de otro claustro, y pronto se edificaron las celdas y la capilla. Se consiguieron materiales para la iglesia, piedras y cemento que aseguraron buenas fundaciones, y con más lentitud se trabajó en los andamiajes y partes mecánicas; y con el transcurso del tiempo un sagrado edificio y dos torres se elevaron sobre la tierra desolada, renovando el pasado; y un teólogo francés llegó para dirigir las escuelas monásticas. (25)

X

Aquí he llegado, por fin, a referirme a las tareas literarias de los benedictinos, pero no me queda espacio más que para llamar la atención sobre el carácter peculiar de su obra, y debo dejar el tema de sus letrados para otra oportunidad. Como en otros aspectos antes mencionados, se ve también en éste la unidad del monacato. Los benedictinos han sido, aun en sus últimos desarrollos literarios, en San Mauro en el siglo XVII y en Solesmes en la actualidad, lo mismo que eran los monjes en los primeros tiempos. Una de las principales ocupaciones de los discípulos de San Pacomio en Egipto era la transcripción de libros. Esta era la única tarea de los monjes de San Martín en Galia. Según San Crisóstomo, los solitarios sirios se ocupaban en copiar las Sagradas Escrituras. Era también la ocupación de los monjes de San Equitius

y de Casiodoro, y la de las monjas de San Cesáreo. Leemos que un santo varón preparaba sus pergaminos para escribir, que otro vendía sus manuscritos para ganar y hacer limosnas a los pobres, que una abadesa copiaba en letras de oro las Epístolas de San Pedro. San David demostró la misma reverencia para con el Evangelio de San Juan. El abad Platón llenó con sus volúmenes bellamente escritos su monasterio y otros más (26). Durante el breve gobierno del abad Desiderio de Monte Casino, sus monjes copiaron las cincuenta homilias de San Agustín, sus cartas, sus Comentarios sobre el Sermón de la Montaña, sobre San Pablo y sobre el Génesis; partes de San Jerónimo y de San Ambrosio, parte de San Beda, los Sermones de San León las Oraciones de San Gregorio Nacianceno; las Actas de los Apóstoles, las Epístolas y el Apocalipsis; varias historias, incluida la de San Gregorio de Tours, y la de Josefo sobre la Guerra Judía, las Instituciones de Justiniano, y muchas obras ascéticas y además de los clásicos, De natura deorum de Cicerón, Terencio, los Fasti de Ovidio, Horacio y Virgilio. En el siglo XV, Maurus Lapi, un camaldulense, copió unos cien volúmenes en menos de cincuenta años. Jerónimo, monje de un monasterio de Austria, escribió tantos libros que, según se cuenta, no hubiera bastado un vagón tirado por seis caballos para arrastrarlos. En el siglo XI Othlón escribía con tanta diligencia en su mocedad que casi perdió la vista. Esto fue en Francia; cuando luego fue a Ratisbona, escribió diecinueve misales, tres libros de los Evangelios, dos libros de Epístolas y Evangelios, y muchos más. Regaló muchos, y la lista es tan larga que no se puede terminar. El abad Odón de Tournay, según su sucesor, «solía exultar por el número de escribientes que el Señor le había concedido. En sus claustro podía verse a una docena de jóvenes sentados en perfecto silencio, escribiendo ante sus mesas,



construidas para tal propósito. Estimulados por él, escribieron diligentemente todos los Comentarios de San Jerónimo sobre los Profetas, todas las obras de San Jerónimo, todo lo que él pudo hallar de Agustín, de Ambrosio, de Isidoro, de Beda y Anselmo, abad de Le Bec y posteriormente arzobispo de Canterbury» (27).

Estos calmos trabajadores hallaron un campo ulterior en la iluminación y encuadernación de los volúmenes transcriptos, así como previamente se habían entrenado en el arte de la caligrafía, tan importante para ellos. Lo que tenían que aprender no era por cierto la escritura corriente, puesto que no se trataba de escribir la efímera expresión de sus propios pensamientos, sino de transcribir formalmente las palabras inspiradas de los maestros y doctores de la Iglesia para beneficio de la posteridad. Lo que estaban ejecutando era lo que desde entonces fue la obra del impresor; y se dice que de los monjes ingleses deriva la letra pequeña del tipo romano moderno. En Francia, las abadías de Fontenelle, Rheims y Corbie eran famosos por la belleza de escritura

en la época de Carlomagno (28) cuando la literatura pasaba por un momento de depresión. Los libros que se encargaban para regalo, como aquél que la madre de León IX le ofreció a San Huberto, y en especial los dedicados al uso sagrado, eran embellecidos con láminas de oro y plata y piedras preciosas. En aquellos tiempos turbulentos comenzaron así a cultivarse las bellas artes —tranquila ocupación que prosiguió en el interior de los monasterios aún cuando en el exterior la cristiandad se viese agitada por rivalidades o herejías—, y que fue progresando con el correr del tiempo, en sus diferentes especies, constituyendo una artesanía con un fin en sí misma que antes no había existido.

Bröwer, en su obra sobre las Antigüedades de Fulda, nos da una vívida pintura de aquellas variadas ocupaciones tranquilas que proseguían a un tiempo en el interior de los monasterios. «Como industriosas abejas —dice— aquellos monjes perseveran sin desanimarse en sus respectivas vocaciones. Algunos se consagraban

a delinear, aquí y allá sobre el pergamino, las letras especiales y los caracteres que iban a llenarlo; otros a encuadernarlos con elegantes tapas; otros destacaban con rojo las frases notables o los títulos de los capítulos. Algunos corregían los errores que se habían deslizado durante el dictado, y ordenaban el conjunto. Y muchos de ellos se destacaban en el dibujo y la pintura con toda clase de colores (29). Y termina refiriéndose a un viejo manuscrito que habla de los monjes que decoraban su iglesia, y sus trabajos de carpintería, escultura, bronce y grabado.

Anteriormente he mencionado a San Dunstan como un ejemplo de los llamados a cumplir deberes políticos que no corresponden al espíritu tradicional de su Orden; y sin embargo él también se nos aparece como un sencillo benedictino. Inclinado a las artes en general, y especialmente a la música, pintaba y recamaba, y su habilidad como herrero es recordada en la conocida leyenda de su combate con el maligno. Y, del mismo modo que los monjes de Hilario alternaban la salmodia con el cultivo de la huerta y Bernardo y sus Cistercienses junta-

ban la meditación con el trabajo del campo, también San Dunstan utilizó la música y la pintura como expresiones de devoción. «Sobresalía en la escritura, pintura, modelado en cera, escultura en madera y marfil, y en los trabajos de oro, plata, hierro y bronce», dice su biógrafo sobre su vida en Surius. «Y aprovechaba su habilidad en los instrumentos musicales para alejar de sí mismo y de los demás los fastidios seculares, elevándolos en cambio al pensamiento de la armonía celestial, tanto con las suaves palabras con que acompañaba sus composiciones como con la armonía de las mismas» (30). Y menciona luego que en una ocasión habiendo colgado su arpa en la pared, el viento produjo en sus cuerdas una tosca melodía, en la que él reconoció una de las antifonas del Común de Mártires, «Gaudete in Coelis», y extrajo de ello un motivo para su propia humillación.

Como es de suponer, los monasterios del Sur de Europa no quedaban a la zaga con respecto a los del Norte en este aspecto. Los de San Gall, Monte Cassino y Solignac son especialmente reputados por su destreza en las bellas artes. Monte Cassino sobresalió en las miniaturas y el mosaico, los Camaldulenses en pintura y los Olivetanos en el chapeado en madera (31).

XI

Mientras que el trabajo manual aplicado a estos propósitos artísticos contribuía a la devoción por otro lado, al aplicarse a la transcripción y multiplicación de libros, constituían un método de instrucción peculiarmente benedictino, por ser de naturaleza literaria y no científica. La teología sistemática tiene un lugar limitado en el estudio eclesiástico antes de los siglos XI y XII; los tradicionales medios de educación eran la Escritura y los Padres, y éstos eran también los textos que los monjes se ocupaban en copiar. Y así se familiarizaban con ese tipo de conocimiento apropiado a su vocación, al tiempo que se consa-

graban al trabajo manual; y en tanto proveían a las necesidades religiosas de la posteridad, ello les servía directamente para su propia edificación. Y esto, una vez más, había sido practicado por los monjes desde el principio, quedando incluido en la unidad de su profesión. San Crisóstomo nos cuenta que su ocupación habitual en su tiempo era «cantar y rezar, leer la Escritura y transcribir el texto sagrado» (32). Y como las obras de los primeros Padres se fueron convirtiendo gradualmente en propiedad literaria de la Iglesia, ellas también se convirtieron en objeto de lectura y escritura de los monjes. Dice San Benito en su Regla: «Para quien va avanzando en la perfección hay lecciones de los Santos Padres que conducen a su ápice. ¿Qué página, qué pasaje del Antiguo o Nuevo Testamento, procediendo como procede de la divina autoridad, no implica la más exacta regla de vida? ¿Qué libro de los Santos Padres Católicos no resuena con este único tema, de modo que podamos tomarlo como el camino más corto hacia nuestro Creador? «Mas no necesito insistir aquí en esta característica del estudio monástico que, en lo que especialmente se refiere al estudio de la Escritura, ha sido tan bien y completamente tratado por Mr. Maitland en sus Ensayos sobre los Siglos Oscuros».

La literatura sagrada de los monjes vino después. Por su continuo trato con las Escrituras y los Padres, serían naturalmente llevados a tratar de comparar y ajustar entre sí estas dos fuentes maestras de la verdad teológica. De ello resulta el carácter peculiar de las obras religiosas de lo que podemos llamar especialmente el período Benedictino: los cinco siglos que van de San Gregorio a San Anselmo. La época de los Padres había pasado, y la de los Escolásticos estaba aún por llegar; y en ese intermedio los escritores eclesiásticos se ocuparon mayormente de arreglar y digerir la literatura patristica que hereda-

ran, ya enhebrando entre sí pasajes escogidos de los Padres en cadena, ya reuniéndolos en un comentario. Las Summae Sententiarum de esos mismos siglos fueron obras de carácter similar que asimismo abrieron el camino a los ejercicios intelectuales del período escolástico, ya que eran lecciones o instrucciones realizadas de acuerdo con un esquema o sistema de doctrina y, si bien estaban aún extraídas de las obras de los Padres, su contenido sugería las divisiones o detalles del sistema. Más aún, tales obras, así como las transcripciones, eran benedictinas tanto en su espíritu como en su contenido, puesto que en ellas no había nada de investigación original ni de resultados brillantes o imponentes, y por lo tanto no podían disipar ni engrair ni absorber la mente, ni violar la sencillez y tranquilidad propia del estado monástico. Esta misma observación se aplica al posterior ejercicio literario que se permitieron los benedictinos (al que me referiré para terminar), es decir, la compilación de crónicas y anales, ya fueran eclesiásticos, seculares o monásticos. Esto ocupa un lugar tan prominente en su literatura, que el autor del *Asceticon* «, en el cuarto volumen de la Biblioteca de Escritores Benedictinos de Dom Francois, no vacila en señalar que los escritos históricos de su Orden merecen el mayor motivo de gratitud de la posteridad después de sus obras bíblicas. Dice: «El elogio especial que se debe a los monjes es que ilustraron la Sagrada Escritura, rescataron la historia sagrada y la profana de la barbarie de la época y transmitieron a la posteridad tantas vidas de santos y de obispos.» (33)

Esto constituye otra típica ilustración del carácter benedictino. En primer lugar, porque son historias de estructura simple y de ingenua composición; y luego porque, al ser por lo común relatos de eventos contemporáneos o compilaciones a partir de pocas fuentes definidas de información

que tenían a mano, no exigían nada de aquella investigación laboriosa ni de la excitación de la mente requeridas al escritor que tiene que registrar un complejo recorrido histórico a través de muchos siglos y países y que se propone descubrir la verdad en medio de testimonios deficientes, redundantes o conflictivos. «Los hombres que escribieron historia —dice Mr. Dowling hablando de los de aquellos tiempos— no lo hicieron de acuerdo con reglas, sino solamente iban consignando lo que habían visto, oído y conocido. Muchos de ellos hacían lo que hacían como consecuencia de un deber moral. El resultado fue algo sui generis, ni siquiera lo que nosotros llamamos historia. Fue, por decirlo así, algo más: un verdadero medir, más bien que un pintar; o, si era una pintura, lo era en un estilo semejante al de los maestros flamencos, con la minuciosa exactitud y la hogareña realidad de los más domésticos entre éstos, y no con la encumbrada hipérbole de la escuela romana ni con el no menos antinatural esplendor de los venecianos. En una palabra, la historia como sujeto de crítica es un arte, un arte noble y bello; en cambio, los escritos históricos de los siglos medievales son naturaleza» (34).

En este pasaje se hace mención de que es peculiar de la historiografía monástica el proceder de un motivo de deber religioso. Esto fue siempre así a causa de la profesión monástica; de todos modos, ella constituye una real evidencia de la importancia que la Orden Benedictina le dio siempre a las noticias y memoriales de los tiempos pasados. En el año 1082, por ejemplo, el abad Marquand de New Corbie, en Sajonia, habría dado orden estricta a todas las iglesias y monasterios sujetos a su regla de enviarle las crónicas de sus respectivos lugares. La orden fue repetida sesenta años después por el abad Wichbold, y en 1337 el abad Thierry dirigió un pedido similar a sus prebostes y rec-

tores. Asimismo en 1481, el abad de Erfurd remitió una carta a los Padres de la reforma de Bursfeld con el objeto de persuadirlos a que tomaran parte en una obra del mismo tipo. «Si os pusierais de acuerdo para establecer que cada prelado está obligado a redactar anales e historias de su monasterio, no podría haber nada más útil, interesante y mejor que esto, ya sea para conocer, ya sea para la lectura.» (35)

Es más fácil conjeturar los trabajos literarios a los que un benedictino se hubiera podido comprometer libremente, que pretender señalar, en cambio, aquellos que su vocación les prohibía; con todo, Mabillon, lo mismo que de Rancé, comprendieron que no todos los temas eran compatibles con ella. Aquí hemos de recordar la célebre controversia entre estos dos hombres célebres. El cisterciense de Rancé, abad de La Trappe, escribiendo a los suyos, puso de relieve algunas reglas en lo que se refiere al tema de los estudios apropiados para un monje, que parecían perjudicar a los doctos Mauristas. Uno de éstos, Mabillon, le replicó con una docta defensa de sí mismo y de los suyos. El abad de Rancé sostenía que el estudio, sea cual fuera, debía subordinarse estrictamente al trabajo manual y excluir los libros que no fuesen las Escrituras y los tratados ascéticos de los Padres. En cambio Mabillon, sin negar la necesidad del trabajo manual, al cual los Mauristas dedicaban una hora por día, parecía permitirles a los benedictinos el libre cultivo de la inteligencia y un espectro ilimitado de estudios. Al explicarse mutuamente, cada uno de los combatientes habría de descubrir que había sostenido más de lo admisible; y sin embargo, después de todo, subsistía entre ambos una considerable diferencia de visión que no pudo ser removida. El punto crítico era si algunas figuras históricas reclamadas por Mabillon en su favor, decían ser consideradas o no como excepciones a la regla de

San Benito. Yo sostuve anteriormente en este ensayo que algunos especímenes como Alcuino, Paschasius o Lanfranc, no eran ejemplos típicos de la profesión benedictina, y que no han de ser considerados como representativos de los monjes en general. A fin de no ser incriminado de evadirme del testimonio de la historia al decir esto, y de haber sido inducido a ello por un escritor de autoridad y erudición como lo es el portavoz de la gran Congregación de San Mauro, considero conveniente extraer, en mi provecho, algunos de sus puntos de vista que a mi parecer ponen de manifiesto lo que he estado subrayando más arriba acerca del espíritu y la misión de su Orden.

Por ejemplo, Mabillon concede francamente, o más bien sostiene, que el método escolástico de enseñar teología y filosofía es extraño, como tal, a la profesión de un benedictino. ¿Por qué deberíamos cultivar esas ciencias por el camino de la disputa? —se pregunta—. ¿Por qué no hacerlo como en las ciencias positivas, explicando las cuestiones y resolviendo las dudas que se van presentando? ¿Por qué no resultaría más que suficiente para los estudiantes religiosos el ser instruidos en los más necesarios principios de la ciencia, y con ello progresar en el estudio de las Escrituras y de los Padres? ¿Qué necesidad hay de ese perpetuo silogizar en la forma, y de dar agudas respuestas a las innumerables objeciones, como se acostumbra en las escuelas?» En otra parte Mabillon contrapone el modo de enseñar los temas que adoptaron los Padres con el que introdujeron los escolásticos. Dice: «Los razonamientos de los Padres son tan plenos y están tan elegantemente expuestos que exhalan por todas partes la dulzura y el vigor de la elocuencia cristiana, mientras que la teología escolástica es absolutamente seca y estéril». En otro lugar dice que «toda la ciencia de los monjes consiste en el estudio de la Sagra-

da Escritura. Acerca de la Teología Moral dice: «Como los monjes están excepcionalmente destinados a la cura de almas, no parece necesario que dediquen mucho tiempo a la ciencia Moral». Y, aunque por supuesto no les prohíbe el estudio de la historia, puesto que ya hemos visto que era congénita a su vocación, observa sin embargo que cuando se realiza con exclusividad «causa mucha disipación en la mente, lo cual es perjudicial a la interna compunción del corazón que es especialmente adecuada a la santa vida de un monje. Nuevamente, cuando observa que el examen del antiguo MSS era la especial ocupación de los Mauristas en su tiempo, dice: «Quienes se entregan a este estudio tienen mucho mérito ante Dios, puesto que reciben pocas alabanzas de los hombres. Más aún, los obliga a dedicar más tiempo a la soledad, lo cual ha de ser su principal deleite. Confieso que es la labor más fastidiosa y desagradable; y sin embargo turba menos que el copiar, que fue el trabajo más útil de nuestros primeros monjes». En otro sitio, hablando de las famosas ediciones mauristas de los Padres, observa: «Un trabajo como éste, llevado a cabo en silencio y quietud, es especialmente compatible con la verdadera tranquilidad de la mente y el dominio de las pasiones, con tal de que trabajemos por deber, y no por la gloria». (36)

Confío en que el lector tendrá a bien recordar que he estado hablando «históricamente» de la vida benedictina a lo largo de este ensayo, así como podría hablar de cualquier otro «hecho» histórico, sin aventurarme para nada en lo que hubiese sido una extrema presunción y una exposición casi doctrinal o magisterial de la misma, lo cual corresponde sólo a quienes están realmente embebidos de su tradición. Quedando esto en claro, creo que puedo interpretar que Mabillon quiere decir que (sea cual fuere el tipo de estudio legítimo para un monje) toda tarea literaria que

requiriese tan continuas porciones de tiempo que no admitiese un aviso en un momento dado, todo aquello que resultase tan interesante que después de ello los demás deberes parecieran monótonos y pesados, todo aquello que agotase el poder de la atención como para incapacitarla para otros temas, todo aquello que hace gravitar la mente hacia la criatura, es incongruente con la simplicidad monástica. De acuerdo con ello, esperaría descubrir que la controversia no es afín con el benedictino pues excita la mente, y que las investigaciones metafísicas tampoco porque la cansan; y, cuando me encuentro con figuras como San Pascasio o San Anselmo, me las arreglaría con ellos como vienen y como pueda. Por otra parte, yo no buscaría entre los benedictinos obras elaboradas y sistemáticas sobre historia de la doctrina o de las herejías, ni cursos de teología patristica, ni extensas historias eclesiásticas, ni disquisiciones filosóficas sobre la historia, que implicasen la comprensión de innumerables detalles y la tarea de usar una multitud de fenómenos para elucidar una teoría, o el trabajo de traer a colación una serie de lecturas variadas para sostener una tesis; y ello, porque tales esfuerzos de la mente requieren, o bien una vigorosa memoria dedicada a temas de tiempo y lugar, o bien, en lugar del estudio tranquilo y tenaz de un libro tras otro, la presencia de una vasta biblioteca y la distracción de un gran número de libros manejados a la vez para las referencias. Estoy dispuesto a que quizás se me acuse de pulir demasiado en esta tentativa de ilustrar el principio que he detectado en la tradición benedictina; pero este mismo principio que tengo ante mí es lo suficientemente claro, y está expresado en el consejo que nos da un escritor sagrado: «Las palabras del sabio son como aguijones y puntas que se clavan profundamente adentro; más que esto no se necesita, hijo mío: no hay fin cuando se trata de es-

cribir muchos libros, y mucho estudio es una aflicción de la carne».

Para probar la verdad de esta visión de la misión benedictina, nada mejor que apelar como ejemplo a la Congregación de San Mauro, que es ciertamente una escuela intelectual de los benedictinos. ¿Cuál es el carácter de sus obras? No hay allí un Malebranche, ni un Thomassin, ni un Morinus; no hay allí ni un Belarmino, ni un Suárez, ni un Petavius; ni un Tillemont ni un Fleury—todos los cuales fueron aproximadamente sus contemporáneos—; sino que hay un Monffaucon, un Mabillon, un Sainte-Marthe, un Coustant, un Sabatier, un Martene—hombres de inmenso saber y de experiencia literaria; hay comentaristas y editores de MSS, y de inscripciones, editores del texto y de las versiones de la Sagrada Escritura, editores y biógrafos de los Padres, anticuarios, analistas, paleógrafos—con erudición, crítica y conocimiento teológico, sin duda admirables y frecuentemente especializados en el tema al que se dedican—, pero siempre subordinados a él.

Si nos volvemos a otras Congregaciones de San Benito contemporáneas, nos encontramos con el mismo fenómeno. Sus trabajos han sido del mismo tipo: modesto, paciente y calmo. El primer nombre que se me ocurre es el de Augustine Calmet, de la Congregación de St. Vanne. Sus obras son bíblicas y arqueológicas—un Comentario literal sobre la Escritura con Disertaciones, un diccionario de la Biblia, un Comentario de la Regla de San Benito, una historia de Lorena. Echando una ojeada a la biblioteca en que estoy escribiendo en este momento, ¿qué autores benedictinos encuentro? Ceillier, también de la Congregación de St. Vanne; Bertholet, de la misma; el Cardenal Aguirre de Salamanca; Cressy de Douai; Pez de Moelk en el Danubio; Lumpfer de St. George en la Hercynian Forest; Brocki del Colegio Escocés de Ratisbona; Reiner de la Congregación In-

glesa. Sus obras son del mismo género—históricas, arqueológicas, biográficas, patrísticas—, y nos recuerdan la línea de estudios que también persigue por tradición una congregación moderna, el Oratorio italiano. Y no hablo de Ziegelbauer, Francois y otros benedictinos que podría agregar, pues se han consagrado a las antigüedades benedictinas, y todas las órdenes escriben sobre sí mismas.

Lo mismo ocurre con la literatura benedictina desde el principio al fin. Sobre este tema ha escrito cuatro volúmenes Ziegelbauer, al que acabo de mencionar. Uno de ellos es un catálogo de autores benedictinos. Ahora bien, los que tratan de escritura y Teología Positiva, ocupan 110 páginas; los que se dedican a historia, 300 páginas; sobre teología escolástica, sólo 12; y 12 también los polemistas; y sobre teología moral hay 6. Este contraste es sorprendente, por más que puede haber exageración por repeticiones y disgresiones. Con todo, el resultado confirma contundentemente lo que he observado.

XII

Debo poner fin a una investigación que, aunque es imperfecta para ilustrar su tema, ya resulta larga para la paciencia del lector. Todas las obras humanas están expuestas a las vicisitudes y a la decadencia; y el que la gran Orden a la que me he referido no haya proporcionado ejemplos de esta ley general en el lapso de trece siglos resulta inesperado, dadas la independencia de sus casas separadas y las variedades locales que la constituyen, en comparación con su extenso territorio. El que la paz pueda engendrar egoísmo, que la humildad pueda llegar a encubrir indolencia, y que la vida campestre pueda ser un lujo epicúreo, no es sino la enunciación de una máxima verdadera: que toda virtud tiene por primo hermano a un vicio. *Usus non follit abusum*, y el hecho de que la vida benedictina admita ser corrompida

por un modo de vida que no es benedictino sino su contrario, no es por cierto un argumento contra su meritoria inocencia, su resuelta alegría y su persistente tranquilidad. Se nos enseña que seamos como los niños, y ¿en qué otro lugar habríamos de encontrar un ejemplo más contundente que el que esta Orden nos brinda de la unión de la sencillez y la reverencia, de esa clara percepción de lo invisible dentro del reconocimiento del misterio, que caracterizan los primeros años de la vida humana? Para el monje, el cielo estaba tras la puerta; él no se hacía planes ni tenía preocupaciones; los cuervos de su padre San Benito estaban siempre a su lado. El «se consagraba» en su juventud a su trabajo y a su tarea» hasta el fin de su vida; y si vivía un día más, hacía una tarea diaria más; si vivía muchos días o pocos, de igual modo seguía trabajando hasta el final. No deseaba ver más allá de su jornada ni saber cual sería su próximo paso. Araba y cosechaba, oraba, meditaba, estudiaba, escribía, enseñaba, y luego moría y se iba al cielo. Se internaba en el laberinto de la selva, y desmontaba tan sólo el espacio que requería su vivienda, soportando a su alrededor los altos y solemnes árboles y los espesos e infranqueables matorrales. Y cuando empezaba a construir, era su entorno el que le sugería su arquitectura: no una concepción científica y magistral de un gran conjunto con muchas partes, como fue en el estilo gótico posterior, sino llana y sin artificio, adaptando los moldes recibidos a su propio propósito, agregando una capilla a otra capilla, creciendo testarudamente el claustro, según la ocasión, con semiocultos santuarios e inesperados retiros, con ocasionales pinturas en las paredes, sin ostentación, y con una belleza salvaje e irregular, como la de los bosques que lo rodeaban al principio. Y cuando empleaba su mente, se volvía a la Escritura, el libro de los libros, encontrando allí una especial respuesta a las

peculiaridades de su vocación, puesto que allí las verdades sobrenaturales se elevaban como los árboles y las flores del Edén, en un divino desorden, como un venerable jardín intrincado, un paraíso del que gozaba tanto más cuanto que no podía catalogar sus maravillas. Luego leía los Santos Padres, en donde nuevamente reconocía una similar profusión, generosa, y una fuerza espontánea de preceptos y consuelos. Y cuando el monje empezó a compendiar, también lo hizo según este modo que la naturaleza y la revelación le habían enseñado, evitando la curiosidad en el conocimiento, aceptando su incidental ignorancia, pasando de un tema a otro tema con poca preocupación por sistematizar o por superar su propia profundidad mental, y escribiendo, no con la aguda lógica de los argumentadores, ni con el sutil análisis de los filósofos, sino con el único fin de reflejar en sus páginas, como en un fiel espejo, las palabras y obras del Todopoderoso tal como se le presentaban a él en la Escritura como en los Padres, o en esa «potente confusión» de hechos y eventos que los hombres llaman la historia del mundo pero que para ellos era la Dispensación Proviencial.

Aquí se me presenta naturalmente el bello carácter de la vida y la muerte de San Beda quien, en su persona y en sus escritos, es en verdad el modelo del benedictino, así como Santo Tomás lo es del dominico. Y cortaré este tema por el momento con un extracto de la carta de San Cutberto a Cuthwin sobre sus últimas horas, que es conocida pero siempre de agradable lectura.

«Tenía el pecho oprimido y respiraba con dificultad, aunque sin dolor, durante quince días a partir del día de Pascua; pero se reanimó mostrándose lleno de gozo y alegría, y dando gracias a Dios Todopoderoso día y noche a cada rato hasta el día de la Ascensión; y a nosotros, sus estudiantes, nos daba diarias lecciones, y pa-

saba el resto del día cantando los Salmos, y también la noche en gozo y acción de gracias, excepto el escaso tiempo que concedía al sueño. Y apenas se despertaba, se entregaba a sus ocupaciones habituales, sin cesar de elevar sus manos dando gracias a Dios. Solemnemente doy fe de no haber visto ni oído jamás a alguien tan diligente en la acción de gracias. Cantaba aquel aserto del bienaventurado Apóstol Pablo: «Temible es caer en manos del Dios Viviente», y muchos otros pasajes de la Escritura en los que se nos aconseja sacudir el sueño del alma con el pensamiento anticipado de nuestra última hora. Y también cantaba en inglés algunos versos suyos acerca de que nadie puede sentirse bien preparado para su fin, por ejemplo, recordando el bien y el mal que uno hizo, antes de partir de este mundo, y en qué consistirá el juicio. Y asimismo cantaba antifonas, como ésta: «Oh Rey de la Gloria, Señor de los Angeles, que en este día ascendiste triunfalmente sobre todos los cielos, no nos dejes huérfanos, sino envíanos la promesa del Padre, el Espíritu de Verdad, aleluya». Y al llegar a las palabras «no nos dejes huérfanos», rompía a llorar y sollozaba mucho. Decía también: «Dios azota al hijo que va a recibir», y, con San Ambrosio: «No he vivido como para avergonzarme de contarme entre los tuyos, ni temo morir, pues tenemos un Señor bueno».

En aquellos días, además de nuestras lecciones y la salmodia, tenía en manos dos obras: estaba traduciendo al inglés el Evangelio de San Juan, hasta las palabras: «Pero qué son éstos entre tantos», y algunos extractos de las *Notae* de Isidoro (37). El martes antes de la Ascensión, comenzó a empeorar: su respiración se hizo jadeante y apareció una ligera hinchazón en sus pies. Así y todo, pasó todo el día dictando alegremente, y diciendo de vez en cuando: «Anotad de prisa lo que dicto, porque no sé cuánto duraré aún y si me Hacedor me lleva

rá de aquí pronto». Nosotros teníamos la impresión de que él sabía muy bien cuándo iba a morir; y así pasó la noche en vela dando gracias a Dios. Al amanecer del día siguiente, es decir, del miércoles, nos mandó apurarnos en el escrito que habíamos comenzado, y así lo hicimos hasta las nueve de la mañana. A dicha hora, realizamos la procesión con las reliquias de los santos que se acostumbraba ese día. Pero uno de los nuestros le dijo, al quedarse con él: «Querido maestro, falta todavía un capítulo del libro que estabas dictando; ¿te sería posible continuar?» El respondió: «Puedo; toma tu pluma, témplala y escribe aprisa». A eso de las tres de la tarde, me dijo: «Tengo algunas cosas de cierto valor en mi cofrecillo: especias, lienzos e incienso; ve corriendo y haz venir aquí a los presbíteros de nuestro monasterio, que quiero repartirles unos regalitos, tal cual Dios me los ha dado a mí». Yo cumplí rápido el encargo, les dirigió la palabra encargándoles misas y rogativas por él. Así pasó el resto del día, muy gozoso, hasta el atardecer, en que aquel joven de que hemos hablado antes le dijo: «Querido maestro, ¿queda aún por anotar alguna frase?» El contestó: «Escribe rápido». Poco después aquel joven dijo: «Ya está anotado». El replicó: «Has dicho bien; consummaturum est; sostén con tus manos mi cabeza, porque me gusta mucho estar sentado de cara a mi lugar santo, en el que solía orar, para que pueda ahora también invocar a mi Padre». Y así, puesto sobre el pavimento de su celda, se puso a cantar: «Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo»; y al nombrar al Espíritu Santo, exhaló su último aliento y pasó al reino de lo alto».

Es de notar que esta flor de la escuela benedictina murió el mismo día que San Felipe Neri, el 26 de mayo; Beda en el día de la Ascensión, y Felipe al alborar la mañana siguiente de la fiesta de Corpus Christi. Era apropiado que fueran juntos al cielo dos

santos cuyo modo de vivir en la tierra fue el mismo: ambos cantando, orando, trabajando y guiando a otros con gozo y exultación hasta su último instante. ■

Notas:

- (10) *Voyage Littéraire*. Vid. también Calmet, Lorraine, t.I, p.1043. Moreri, art. S.Hubert. Gallia Christ., t.III, p.966. Mabillon, *Annal. Bened.*, t.II, pp.16, 441, 606. Bucherii, *Gest. Tungr. etc.*, t.I, p.153. Helyot, *Ordres Mon.*, t. VI, p.296.
- (11) Vol. I, p.237, etc.
- (12) Hallam, *Middle Ages*, vol. III, p.436. Forsyth, *Antiqu.*, vol. I, pp. 37, 44, 179. Turner, *Anglo-Sax.*, vol. II, p.167. Murdoch's *Mosheim*, vol. II, p.21, etc. Guizot, *Hist. civil.* vol. II, p. 75, Bohn.
- (13) Neander, *memorials*, pp. 436, 451, 473, Bohn. Rader, *Bavaria Sacra Calles*, *Ann. Germ.*, t.I, pp. 200, 276, 317, 318. Guizot, *Civil.*, vol. II, p.134. Whitaker's *Cornwall*, vol. II, p.196. Fosbroke, *Antiqu.*, p.16.
- (14) *Meyrick's Willibald*, p.68. *Bavaria Sacra*, p.119. Petri, *Suevia Eccles.*, p.96. *Calles Ann. Germ.*, t. I, p.191.
- (15) *ib.*
- (16) *Apud. Mabillon Act. Bened.*
- (17) *Thomass. Disc. Eccl.*, t. III, p.513.
- (18) p.93. El pasaje parece ser tomado de Beda.
- (19) *Beda, Hist. Eccl.*, I, 26. *William of Malmesb. Ponfic. Angl.*
- (20) *Vid. supr.*, p.198
- (21) *Eccl. Hist.*, vol. VII, p.331, Bohn
- (22) *Duchesne, Script. North.*, p.236.
- (23) *Turner, Middle Ages*, vol. V, p.89.
- (24) p.37.
- (25) *Vid. Turner, Anglo-Saxons*, vol. III, p.468.
- (26) *Pallad.*, c.39. *Cassiano, Inst.*, IV, 12. *Calmet, Reg.*, t. II, p.150. *Thomassin, Disc. Eccl.*, t. III, p.505. *Ziegelbaum, Hist. Litt. Beded.*, t. II, p.510.
- (27) *Annal. Camald.*, t. VII, p.300; vid. otros ejemplos en *Maitland's Dark Ages*, y en *Buckingham's Bible in Middle Ages*, aunque sus referencias son insuficientes.
- (28) *Guizot, Hist. Civil.*, vol. II, p.236, Bohn.
- (29) p. 45.
- (30) *Vid. también Whitaker's Cornwall*, vol. I, p.167, y todo el capítulo.
- (31) *Meehan's Marchese*, p. XXIV.
- (32) *Hist. Litt. de San Mauro*, 1770, p.21.
- (33) p.379. La imprenta, otra tarea tranquila, fue introducida en Italia por los monjes benedictinos de Subiaco. Vid. *Dr. Ullathorne's Pilgrimage*.
- (34) *Introd. Eccles. Hist.*, p.56.
- (35) *Ziegelbaur*, t. I, p.424. *Paralistas de historias monásticas*, vid. *Mr. Dowling, Introd. E.H.*, p.260; el *Asceticon*. *Ziegelbaur*, t. II, p.398. *Balmez, Prot. and Cath.*, p.195.
- (36) *Stud. Monast.*, ed. 1732; t. I, pp. 52, 135; t. II, p.2; t. I, pp.145, 191, 64.
- (37) Los Bolandistas no han podido determinar de qué obra de San Isidoro se trata. Para Du Cange, «*Notae*» significa «*Notas musicales*»; para Leboeuf, significa «*caligrafía*», en *Ampere, Hist. Litt.*, t. III, p.253.



“

Los hombres son ilógicos cuando concluyen... que como yo desapruero las acciones de ciertos católicos, por tanto mi fe en la Iglesia Católica no es firme. Yo no he tenido ningún momento de vacilación en mi confianza en la Iglesia Católica, desde que fui recibido en su grey. Siempre he mantenido y mantengo que su Soberano Pontífice es el centro de unidad y el vicario de Cristo. Y siempre profesé y profeso una fe sin ninguna niebla en su Credo y en todos sus artículos; una suprema satisfacción en su culto, disciplina y enseñanza; y un ardiente deseo y una esperanza contra toda esperanza, de que mis muchos queridos amigos que dejé en el Protestantismo puedan un día participar de mi felicidad. ”

Cardenal Newman

(Letters and Diaries, XXV 90, 11 de abril de 1870)